

68:

Gesta, fiesta y protesta

Humberto Musacchio

© **Humberto Musacchio**

Octubre 2012

Ésta es una publicación de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung
y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

Prólogo

Esos fueron los días

Este volumen reúne crónicas, recuentos y ensayos sobre diversos aspectos del movimiento estudiantil de 1968. Son algunas de las muchas páginas que he publicado a lo largo de más de 40 años para evitar que nos pasara lo mismo que a la generación del 29, la que dejó perder su gesta en el olvido. Nosotros no podíamos darnos ese lujo.

Durante treinta largos años las víctimas fueron santizadas y los estudiantes y sus maestros eran presentados como enemigos de México que querían desquiciar al país, por lo que un hombre enérgico, Gustavo Díaz Ordaz, se vio obligado a emplear la fuerza. Nuestros compañeros en prisión eran presentados como los que inevitablemente habían tenido que purgar las culpas colectivas, los pecados de aquella juventud insurrecta. En esa lógica perversa, los muertos también se cargaban en nuestra cuenta.

Durante tres décadas, aquella madeja de mentiras fue la versión oficiosa de lo ocurrido. Al haber pasado tanto tiempo,

el viejo orden creyó que había ganado la pelea, pero ignoraba la fuerza de la memoria social, que persistió pese a la gran engañifa promovida por los sucesivos gobiernos y magnificada por los medios informativos bajo control gubernamental.

Ganamos la batalla y hoy todos saben quiénes fueron los que golpearon, los que ordenaron el suplicio, los carceleros y asesinos de entonces. Lamentablemente, los culpables se han mantenido en la más absoluta impunidad, algunos han muerto de causas naturales y otros viven, si eso es vivir, acosados por los gritos de los torturados y por los espectros de aquellos a quienes privaron de la vida.

En un país sin justicia, estamos obligados a atizar la hoguera de los recuerdos.

Un país sin opciones

En su informe presidencial del primero de septiembre de 1968, Gustavo Díaz Ordaz, con su proverbial cursilería y su autoritarismo regañón, describió el estado de cosas que vivían los mexicanos. Era la suya una visión estrábica y maniquea, pero permitía entender que estábamos lejos de la escena pastoral, idílica, que ofrecían la prensa y la televisión.

“Millones de compatriotas han soportado estoicamente condiciones de vida precarias; no les pidamos más sacrificios; corramos en su ayuda. Los ojos de los pobres son ojos sin horizonte que nos están reclamando nuestra indeclinable solidaridad: no estamos, en verdad, como para hacer oídos sordos al callado sufrir de los de abajo. Debemos dar acceso aunque sea a un modesto bienestar a esas grandes porciones de mexicanos.”

Éste era, como hoy, un país con múltiples problemas, pero los ciudadanos no tenían canales de expresión y todo problema social, fuera una huelga obrera, una petición de tierras o un asentamiento de paracaidistas, era interpretado como un reto a la autoridad. Ése era también el caso del movimiento estudiantil, en el que Díaz Ordaz decía advertir las siguientes tendencias:

“La de quienes deseaban presionar al gobierno para que se atendieran determinadas peticiones, la de quienes in-

tentaron aprovecharlo con fines ideológicos y políticos y la de quienes se propusieron sembrar el desorden, la confusión y el encono para impedir la atención y la solución de los problemas, con el fin de desprestigiar a México, aprovechando la enorme difusión que habrán de tener los encuentros atléticos y deportivos, e impedir acaso la celebración de los Juegos Olímpicos.”

Como puede observarse, ninguna de las tres tendencias resultaba aceptable para aquel mandatario: descalificaba la primera porque intentaba presionar, la segunda porque implicaba llevar agua a un hipotético molino y la tercera porque en la angosta perspectiva presidencial era deliberadamente subversiva y antipatriótica. Con estas premisas sacadas de su costalito de rencores, Díaz Ordaz advertía que no estaba dispuesto “a ceder ante la presión en nada que sea ilegal o *inconveniente*, cualesquiera que lleguen a ser las consecuencias. Por mucha importancia internacional que revistan los Juegos Olímpicos, el compromiso que México contrajo para celebrarlos en su suelo no mediatiza su soberanía”.

Como es obvio ahora, aunque quizá no lo era entonces, el Presidente se había puesto en ruta de colisión frente a la protesta social, pues no cedería ante lo que él mismo juzgara “inconveniente”, y ya vimos que todas las tendencias que veía en el movimiento no podían resultarle “convenientes”. Además de su estrechez de miras, anunciaba su valemadrismo ante el costo de la respuesta gubernamental — “cualquiera que lleguen a ser las consecuencias”— y su desprecio de la opinión pública internacional por la previsible difusión de los actos de brutalidad represiva e incluso la suspensión de los Juegos Olímpicos.

La consecuencia obvia de esta manera de entender al país y su gente era considerar como un asunto personal toda

protesta, como un insulto cualquier demanda. “La injuria no me ofende, la calumnia no me llega, el odio no ha nacido en mí”, se atrevió a decir en aquel informe el hombre que ante los movimientos sociales no tuvo más respuesta que la violencia, que nunca mostró ánimo alguno para lo que él describía como “el diálogo verdadero, que significa la posibilidad de exponer los propios argumentos, al par que la disposición de escuchar los ajenos; deseos de convencer, por supuesto, pero también ánimo de comprender”. Lo curioso es que a ese intercambio de argumentos se cerraba Díaz Ordaz, para quien el diálogo resultaba “imposible cuando se hablan lenguajes distintos, cuando una parte se obstina en permanecer sorda”. Nadie pudo hacer una mejor descripción de la actitud gubernamental ante las demandas de los jóvenes, pues aquel presidente se mostró sordo y ciego ante las demandas juveniles.

La prensa de entonces estaba sometida al más humillante y rígido control. Los editores aceptaban de buen grado este yugo que les redituaba grandes beneficios económicos, influencia política y hasta prestigio dentro de la élite del poder. El periodismo mexicano era un ejercicio sistemático de ocultamientos, mentiras y bajezas; una cotidiana práctica de servilismo sin límite ante el tlatoani; un odio profundo ante toda disidencia, sobre la cual aquellos editores lanzaban grandes cantidades de ponzoña y materia excrementicia.

En la década de los sesenta, la dignidad periodística descansaba sobre los hombros de un puñado de articulistas que, salvo excepción, se expresaban en el *Siempre!* de José Pagés Llergo o en la legendaria revista *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas. *Excélsior*, a cuya dirección llegó Julio Scherer García en agosto de 1968, en pleno movimiento, estaba lejos

de transformarse en el gran diario que fue en el echeverriato. En aquellos días, los redactores y directivos de ese rotativo, al paso de cada manifestación por el Paseo de la Reforma, tenían que soportar el coro insistente de “¡Prensa vendida, prensa vendida!”

Lo curioso es que aún así, Díaz Ordaz hiciera una afirmación que sólo podía ser producto de su acentuada paranoia: “Se ha llegado —dijo— al libertinaje en el uso de todos los medios de expresión y difusión”. Luego, como si no tuviera a su servicio, dispuestos a cualquier ignominia a los medios impresos, la radio y la televisión, se atrevió a decir: “sé que tengo que enfrentarme a quienes tienen una gran capacidad de propaganda, de difusión, de falsía, de injuria, de perversidad”. ¡El hombre que controlaba los periódicos, la radio y la televisión tenía miedo de nuestros mimeógrafos y de nuestras pintas!

Como consecuencia de esta visión paranoica, llamó a sus seguidores y beneficiarios a las armas: “Defendamos como hombres todo lo que debemos defender: nuestras pertenencias, nuestros hogares, la integridad, la vida, la libertad y la honra de los nuestros y la propia”. Pocas veces se escuchó en boca de un presidente un himno tan acentuadamente machista, tan mentiroso y ofensivo para una sociedad que decididamente protegió a sus jóvenes durante aquellas jornadas por la dignidad del país.

Entonces, como ahora, el poder consideraba a los mexicanos como menores de edad, seres manipulables. “Los jóvenes deben tener ilusiones, pero no dejarse alucinar”, advertía entre solemne y psicodélico el político de San Andrés Chalchicomula. “¿Quieren emprender una gran aventura, ser verdadera, elevadamente heroicos? Tienen entonces la gran

oportunidad de participar en la aventura fascinante de construir un México cada día mejor” ¿Cómo? Trabajando “para bien propio y para enaltecer a la Patria”.

Esa retórica de Día de la Bandera y esos consejos, sacados de algún manual de la CNOP, eran lo más que podía dar a los jóvenes aquel hombre al que Carlos Fuentes describió con trazos certeros e implacables: “salido de los bajos fondos del cacicazgo avilacamachista en Puebla, acostumbrado a ascender cubriendo los crímenes de sangre y dinero de la plutocracia poblana, aprovechando las infinitas posibilidades de lacayismo que ofrece la política versallesca y confidencial creada por el PRI, escogido para la presidencia por discutibles méritos de servicial amistad hacia su predecesor López Mateos, casi por un capricho de éste, sin auténtica consulta con la ciudadanía en general o con los miembros del PRI en particular, merced a un simple dictado por el que el rey en turno premia al más atento de sus cortesanos, el que arrima las sillas y finge entusiasmo por el box y las carreras de automóviles, y embriagado, una vez en el poder, por las posibilidades del lujo y la riqueza y el capricho sin sanción y la venganza impune contra todos los años de mediocridad, humillación, lambisconería y dietas de chilaquiles y tacos de nenepile”... Ese hombre, o lo que sea, “no podía responder —agrega Fuentes— ni con generosidad ni comprensión ni inteligencia al desafío de la juventud”.

Díaz Ordaz era, como tantos, un hombre del *sistema*, un producto natural del régimen político al que sirvió y del que se sirvió, pero es un caso extremo, paradigmático de los excesos del autoritarismo, del presidencialismo sin contrapesos y de la impunidad criminal. Por eso su prédica, sus exhortos y sus recomendaciones tienen un retintín de moneda falsa, de autoengaño incluso.

“En el perfeccionamiento de nuestra democracia—declamó en aquel informe histórico— incumbe una función primordial y una grave responsabilidad a los partidos políticos nacionales.” El enunciado era impecable, o lo habría sido de existir en el país algo parecido a la democracia y partidos dignos de ese nombre. Pero no era el caso, pues la paupérrima vida política la llenaba en forma aplastante el PRI, con la complicidad del Partido Popular Socialista y del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, ante la impotencia de un menos que tibio Partido Acción Nacional.

“El respeto a la ley, la selección de los mejores hombres, la elaboración de los programas más adecuados para México y el acatamiento a la decisión de las mayorías son esenciales para la consolidación de nuestro sistema político”, peroraba GDO. En esa línea, la actuación de los partidos, su vida interna, sus procedimientos sólo tenían sentido si servían al fortalecimiento de un sistema político que era la negación de la democracia y cerraba el paso a todo aire renovador. No en balde, cuarenta y tantos años después persiste la duda en torno al accidente de aviación en que murió Carlos A. Madrazo, frustrado reformador del PRI.

Siempre que hablaba, Díaz Ordaz asignaba tareas, hacía advertencias y lanzaba amenazas. Así fue en 1968: “Es obligación de todos los partidos, no sólo del mayoritario, esforzarse por el progreso cívico, superar procedimientos anacrónicos y asegurar, de esta manera, que la pluralidad de ideologías no rompa la indispensable unidad nacional. El juego de los partidos políticos dentro de la ley robustece las libertades y la confianza del pueblo en su representación”. Lo anterior era una manera, por lo demás superflua, de recordar a los partidos po-

líticos que tenían vida prestada y que por ningún motivo debían inmiscuirse en el movimiento estudiantil.

Semanas antes de que estallara la rebelión juvenil, el Ejecutivo recibió a los dirigentes del Partido Comunista Mexicano, una organización marxista sin registro legal ni posibilidad de participar en los procesos comiciales, sometida cíclicamente a una hostilidad que se expresaba en el allanamiento de locales, la detención de sus miembros y la destrucción de su imprenta. En esa plática se abrió la posibilidad de reconocer al PCM existencia legal y derechos para intervenir en elecciones. A ese partido iba dirigido un recordatorio ominoso: “habiendo medios para hacer oposición legal, ya no hay razón válida para realizar oposición ilegal o subversiva”.

En aquel mensaje Díaz Ordaz habló, lo que era mentira, de que se había dado “una mayor participación en la cosa pública a las corrientes políticas que difieren del modo de pensar del gobierno”, convencido, dijo, de que “la libre discusión de las ideas, por contrapuestas que puedan ellas ser, no sólo no entorpece el progreso de la nación, sino que lo acelera, lo consolida y lo enriquece. Teme a otras ideas sólo quien desconfía de las propias”.

El hecho es que fue entonces cuando aquel presidente anunció en forma elíptica lo que acabó por ser la ciudadanía a los 18 años, pues en ese tiempo se adquiría hasta cumplir los 21 años. La presencia de los jóvenes “en las lides electorales”, anunció, “acentuará el profundo sentido dinámico de nuestra revolución”. Hay que decir que “nuestra revolución” era una manera de referirse indistintamente al régimen político, al PRI o al gobierno. Díaz Ordaz esperaba que los jóvenes, agradecidos, le besaran la mano sufragando por su partido o acaso

68: Gesta, fiesta y protesta
como oradores — “jilgueros”, les decían— de algún comité distrital priísta.

Lo cierto es que el paisaje electoral era desolador: un partido abrumadoramente mayoritario, el PRI, sujeto a la tibia crítica del PAN y con dos violines de acompañamiento: el PPS de Vicente Lombardo Toledano y el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, un membrete otorgado por Adolfo Ruiz Cortines a un grupo de generales que habían participado en el movimiento henriquista de 1952.

Para un joven alérgico al servilismo, el protocolo priísta resultaba asqueante. El PRI era, o así se le veía, una escuela de *jilgueros*, un organizador de concursos de oratoria cívica y una gigantesca maquinaria de mediatización donde brillaban los valientes que se atrevían a fustigar a los críticos del Señor Presidente en turno. Es cierto que entonces el PRI todavía sostenía algunas banderas como la reforma agraria, la defensa de la empresa pública, la intervención del Estado en la economía y una nebulosa idea de soberanía nacional, pero aquellas hogueras se empezaban a extinguir mientras los campesinos seguían en la miseria, los obreros vivían sometidos a un sindicalismo corrupto y represor, las empresas públicas eran saqueadas por sus administradores —políticos del PRI, por supuesto—, la intervención económica del Estado era para financiar y apoyar a la empresa privada, a la que se había extendido un seguro contra huelgas; y la política exterior flaqueaba ante las presiones imperiales. Al partido del poder se le señalaba también como una agencia de colocaciones, cosa que de acuerdo con Max Weber es más o menos todo partido. Lo censurable es que tuviera el monopolio de los cargos públicos, una de las causas del enanismo de la oposición.

Pero si el PRI no era una opción interesante para los jóvenes, menos lo era el Partido de Acción Nacional, en aquellos tiempos con unos cuantos diputados, sin gobernadores ni representantes en el Senado y casi sin alcaldes. Era un partido católico, mojigato, tibio y anticuado, lo que estaba muy lejos de los afanes y los sueños de aquellos jóvenes que se rebelaron contra la familia autoritaria, el gobierno despótico y la represión de todo tipo; una generación que probó las drogas, leyó a Marx y a Sartre, se hizo descreída y protagonizó una verdadera revolución sexual.

Pero no sólo sus males congénitos alejaron al PAN de los jóvenes. En 1968, con su inconsistencia, Acción Nacional dejó pasar el tren que llevaba a una generación que en buena parte pudo haberse vestido de azul. Una muestra de las medias tintas en que navegaba ese partido la dio su presidente, Adolfo Christlieb Ibarrola, el mismo que poco antes había aplastado el intento de consumir un núcleo de la democracia cristiana, a la que años después se uniría el PAN como si nada hubiera pasado. Christlieb condenó la violencia gubernamental y estuvo de acuerdo en que se hiciera una amplia investigación sobre los hechos y se castigara a los culpables, pero consideró necesario que los estudiantes reconocieran “que el gobierno no puede actuar bajo amenaza de nuevas violencias”, lo que descalificaba la huelga, los mítines y manifestaciones de los jóvenes. Expuso que se vivía el dilema de “la anarquía o la arbitrariedad en el ejercicio del poder”, lo que dio la coartada perfecta a Díaz Ordaz, y, pese a que señaló la existencia de “un clima de inconformidad que obedece a causas profundas”, aceptó que el país estaba ante una “conjura grave” o bien era víctima de “agitación oportunista”. Al moverse sobre esos supuestos, le

hizo un inmejorable servicio al gobierno y condenó en forma rotunda al movimiento.

Más lamentable fue la posición del PPS, que desde el principio insistió en que el movimiento estudiantil era producto de una conjura de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, de grupos de ultraderecha como el MURO (Movimiento Universitario de Renovadora Orientación), políticos desplazados, provocadores extranjeros y trotskistas, fuerzas todas que estarían interesadas en torcer el rumbo de la nación y en socavar al gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, que “acentuó su impulso democrático” y “está para defender a los pobres”. De más está decir que esas posiciones le ganaron al PPS un estruendoso rechazo de los jóvenes, quienes no podían considerar a ese partido como una opción política seria e independiente, sino como lo que era: un apéndice del PRI con máscara presuntamente marxista.

El PARM, que de hecho no era un partido, no adoptó una posición propia ante el movimiento y, como siempre, hizo suyas de manera mecánica las posiciones gubernamentales. El único que apoyó abiertamente a los estudiantes fue el Partido Comunista Mexicano —entonces sin reconocimiento ni derechos electorales—, cuyos militantes se volcaron en el movimiento y aportaron la cuota más alta de presos políticos. Pese a su resuelta actuación, al extinguirse el movimiento se quedó con unos pocos cientos de miembros. Otros grupos de la izquierda marxista, igualmente sin registro electoral, desaparecieron o quedaron reducidos a decenas de militantes, cuando no a dos o tres personas, lo que expresa el éxito de la represión gubernamental.

En resumen, una de las causas del estallido de 1968 fue la falta de canales institucionales para manifestar la incon-

formidad y difundir la protesta. En un régimen de rasgos despóticos, con un presidente que en cualquier mesa de café veía una conjura; sin libertad sindical ni partidos atractivos para la juventud, con un Poder Legislativo que actuaba como mera caja de resonancia del Ejecutivo y una prensa amordazada por el miedo y la conveniencia, a la rebeldía estudiantil sólo le quedaban la calle y el grito. Para un gobierno falto de sensibilidad, de humanismo y de capacidad negociadora, la respuesta era siempre el bárbaro recurso de la fuerza, con la tortura, la cárcel y la matanza.

Después del movimiento, los mexicanos, parafraseando a don Alejandro Gómez Arias, tendrían que recomenzarlo todo caminando sobre sus muertos. Los años setenta serían de una profunda reorganización de la izquierda que cristalizaría en un fortalecimiento inusitado y una renovación teórica del Partido Comunista Mexicano, en el surgimiento del Partido Mexicano de los Trabajadores de Heberto Castillo y varios dirigentes del 68, y del Partido Revolucionario de los Trabajadores, que al menos durante un breve periodo pareció desmentir el axioma de que todo trotskista es divisible en dos fracciones. Vendría luego la reforma política que reconoció, por fin, derechos electorales a la izquierda y a los sinarquistas —la derecha plebeya, entonces claramente diferenciada del PAN. Seguirían entonces las fusiones que dieron lugar al PSUM, al PMS y al PRD, organizaciones creadas por el movimiento social que invariablemente han contado con el aporte decisivo de los jóvenes, quienes en un país que les niega oportunidades han sabido crear sus propias opciones, han impulsado ensayos de futuro y han abierto vías a la esperanza. El cambio social no vendrá sin ellos.

La trampa

—¿Por qué pusiste la bandera rojinegra en el Zócalo?

—¿Yo, señor?

—Sí, tú. A ver, ¿cuántos camiones quemaste?

—¿Camiones?

El agente del Ministerio Público preguntaba con voz áspera, sin ocultar el enfado que le producían la falta de sueño, el cansancio y la ingratitud propia de su tarea. Tenía tres noches sin dormir y para aquel momento parecían importarle más las reacciones del interrogado que las respuestas. Era la madrugada del 5 de octubre de 1968. El lugar: la penitenciaría de Santa Martha Acatitla, donde a más de 700 detenidos nos habían despertado a las dos de la mañana para llevarnos ante los fiscales, mecanógrafos, ayudantes y policías que tan erradamente buscaban a los culpables de la matanza de Tlatelolco.

—Dime, ¿por qué fuiste al mitin?

—Bueno, en realidad yo no iba al mitin...

—Sí, seguramente, como los demás, tú también andabas ahí por pura casualidad, ¿verdad? Pero sígueme, ¿qué andabas haciendo en ese lugar?

—Es que yo, como le decía, no iba al mitin sino al cine...

—¿A qué cine?

—Al cine Tlatelolco, señor.

—¿Qué película ibas a ver?

—*La trampa*, señor.

El agente del MP se volvió de inmediato hacia el mecanógrafo, el que simplemente asintió con la cabeza. El fiscal, después del desconcierto que le produjo el nombre de la película, me ordenó continuar con mi relato, lo que hice mientras me empeñaba en mostrar mi cara más inocente.

—Iba yo al cine con mi novia, la prima de mi novia y el novio de la prima de mi novia, pero cuando llegamos ya había empezado la película y entonces se nos hizo fácil asomarnos al mitin, ver qué pasaba ahí, señor.

—¿Y qué viste?

—Pues mucha gente que oía a los que hablaban del movimiento y que de Cueto y los estudiantes presos. En eso estábamos cuando empezó la cosa. Se puso muy feo, señor —dije fingiendo un puchero.

—¿Por qué se puso feo?

—Pues, la verdad, yo no quisiera ni acordarme, señor.

—Cómo que no, si aquí estás para acordarte, así que mejor cuéntamelo todo.

El tipo seguramente me vio muy nervioso porque abandonó su tonito entre imperativo e irónico para adoptar una mezcla de morbo y ternura.

—Quiero que me digas todo lo que recuerdes. Cálmate y platicámelos.

Casi controlé la temblorina de las rodillas y antes de seguir agarré fuerte la orilla de la mesa, aunque el sudor de las manos hacía que se me resbalaran de la helada cubierta de granito... Empecé con lo que creí unas frases impactantes:

—Fue algo pavoroso, señor. Se vivieron escenas dantescas. Todos estábamos muy confiados cuando, de repente, un helicóptero que estaba vigilando el mitin volvió a pasar encima de nosotros y del mismo helicóptero o de arriba de la iglesia de Santiago Tlatelolco salió una luz de bengala y luego otra... Así empezó todo, señor.

—El agente del MP se dirigió al mecanógrafo: “anote usted ahí que fue algo pavoroso, que se vieron escenas dantescas”.

El apego del fiscal a mis frases, meros lugares comunes, me produjo una sonrisa interior y acabé de calmarme. Pero hubo cosas que no le dije.

Cuando vi las luces de bengala pensé que sería la fiesta del Señor Santiago, patrono del templo. Luego, un engarrotamiento súbito dominó la multitud unos instantes.

Francisco Colmenares César, delegado al Consejo Nacional de Huelga, al pasar nos susurró que el ejército tenía rodeada la plaza y soltó un casi inaudible “¡váyanse!”

Que estábamos rodeados lo supimos desde nuestra llegada porque vimos carros militares y una gran cantidad de granaderos apostados en torno al edificio de Relaciones Exteriores, precisamente por donde entramos. Caminábamos nerviosos pero decididos cuando se escuchó una fuerte ovación de los manifestantes que ya estaban en la plaza, lo que hizo gritar a uno de los policías: “¡Gooool!” “Gol del *Che*”, apuntó otro uniformado entre la carcajada de sus colegas y nuestro desprecio. Después de dos meses de enfrentamientos ya conocíamos la diferencia entre policías y soldados. A los primeros los habíamos hecho correr más de una vez, pero la presencia de soldados auguraba reacciones menos festivas.

Llegamos hasta el centro de la explanada y desde ahí pude ver cómo, frente a los comercios, en la planta baja del edificio Chihuahua, se desplazaban ágiles unos jóvenes vestidos de civil y con un guante blanco o un pañuelo atado a una de sus manos. Cuando vimos las bengalas y escuchamos las primeras detonaciones. Algunos ingenuos gritábamos pidiendo serenidad: “¡Orden, compañeros, no corran!, ¡Calma, hay niños!, ¡Calma, son salvas!”

Pero no, no eran salvas. Eran balas de verdad. En la terraza del edificio Chihuahua, un individuo de chamarra café o verde seco, después de accionar su pistola contra los que ocupaban la tribuna, se parapetó en una de las columnas, agarrándose con una mano mientras con la otra hacía disparos sobre la multitud que estaba en la plaza. Cuando vi caer a los primeros heridos, olvidé mis llamados al orden y algo como una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Era el miedo.

Sujeté a mi novia Socorro por los hombros y me escondí tras ella con el fin de protegerme. Fueron sólo unos instantes, pues de inmediato superé el terror y nuevamente traté de calmar a los compañeros que estaban más cerca, pero la balacera seguía y el pánico se había apoderado de los manifestantes.

Mis tres acompañantes y yo corrimos hacia el andador que lleva al edificio de Relaciones Exteriores, pero los soldados ya venían hacia nosotros. Decidimos ir al andador paralelo a la Vocacional Siete, pero también por ahí llegaban los militares, quienes cargaban sobre la gente con la bayoneta calada. Parado de puntas, tratando de hallar una salida, pude ver las convulsiones de la multitud que como ostra excitada por el limón desplazaba sus contornos en todas direcciones. El tumulto nos empujó hacia el sur de la explanada. Llegamos hasta la orilla y

como otros compañeros pretendimos saltar hacia abajo, pero la ajustadísima minifalda de Socorro impidió el brinco, lo que nos salvó de ser recibidos a tiros por los soldados, quienes, tan mordidos por el pavor como nosotros, disparaban a las efímeras fuentes que balazos salidos de lo alto levantaban en el espejo de agua que está entre la iglesia y el edificio Chihuahua.

Los militares que embestían detrás de nosotros gritaban “¡Al suelo, al suelo!” Con mentadas y culatazos ayudaban a tirar al piso a los indecisos. Para entonces el fuego era cerrado y había visto caer lo mismo civiles que soldados. Quedé tirado en la orilla de la plaza, junto a la masa encefálica de un muchacho que, a metro y medio de distancia, yacía bocarriba, con la cara como jalada hacia el fondo del cráneo.

En el suelo tuve tres preocupaciones: salvar mi vida, almacenar en la memoria todo lo que pudiera y localizar mi reloj —regalo de un maestro muy querido—, que se me zafó en el momento de caer. Después de unos diez minutos cesó el tiroteo y un repentino silencio nos levantó de golpe, lo que en forma inverosímil me permitió recuperar el reloj. Nos movimos apenas unos metros hacia el centro de la plaza cuando, otra vez, la balacera nos obligó a ir al piso. Un nuevo silencio, mucho más breve e intenso que el anterior, nos permitió pararnos, pero entonces ni siquiera pudimos abandonar nuestros lugares. Al caer de nuevo al suelo, más rápido y más empavorecidos, todos tratamos de meternos hasta abajo de la masa humana y el resultado fue que formamos una enorme madeja que permaneció perfectamente anudada durante casi dos horas.

Mi cuello quedó inmovilizado por la corva de una chica que todo el tiempo hizo esfuerzos infructuosos por qui-

tarme la pierna de encima. Yo mismo tenía la espalda sobre unas piernas inmóviles y el resto del cuerpo encima de dos o tres personas que, a su vez, eran incapaces de moverse. Otros cuerpos sobre el mío me protegían de modo perfecto, pero mi cabeza casi estática había quedado al descubierto, expuesta a cualquiera de esas balas que pasaban milímetros más arriba formando una inmensa y muy apretada red de silbidos.

Mi ángulo visual era mínimo. Guillermina, la prima de Socorro, y Juan Manuel, hasta entonces su pretendiente, quedaron fuera de lo que alcanzaba a mirar. De la propia Socorro sólo podía ver la cadera magnífica semicubierta por la pantaleta, pues la ínfima falda se le había subido hasta la cintura. Ante ese espectáculo, en medio del estruendo inicié una lucha más tensa y persistente para liberar mi brazo derecho, prisionero de cuerpos que para huir de las balas buscaban meterse más profundamente en aquel amontonamiento de humanidades, en aquella maraña que el terror continuaba apretando. Cuando por fin pude sacar mi brazo, penosamente lo envié a cumplir una pudorosa y urgentísima, misión: jalar el vestido de Socorro tanto como fuera posible, a fin de tapar la espléndida grupa que en ese momento seguramente no tenía más admirador que yo.

En constante reacomodo, me fui cambiando obligadamente de posición. Llegó un momento en que tenía libre buena parte del tronco, lo que me permitía voltear casi a todos lados. Así vi cómo un muchacho que había mantenido su cuerpo estrechamente abrazado al de su novia recibió un disparo. Él emitió algo parecido a un lamento, en tanto que ella, prodigiosamente, se desató de la madeja y saltó para cubrir al joven con su cuerpo. Y ahí se quedó sobre él como pantera dolida, con un llanto ahogado que no la abandonó mientras besaba

al herido en la cara, el pelo, el cuello, el pecho. Largo rato después, sin que hubieran cesado los gemidos, una bala alcanzó a la chica en la espalda.

Una llovizna constante acompañó la matanza casi desde el principio. Hubo un momento en que empecé a ganar libertad de movimiento. Mi mano derecha, situada sobre la cabeza de Socorro, se empeñaba en el afán inútil en protegerla de la lluvia y de los disparos.

En esa posición podía seguir con más detalle lo que sucedía, pero mi cuerpo medio descubierto ofrecía un blanco mayor. Buscaba entonces sumergirme bajo otras humanidades, pero el hermetismo de aquel enjambre de cuerpos y extremidades me obligaba a dejar mis intentos. Lo único que podía hacer era hurgar entre el humo de la pólvora por si hallaba caras conocidas.

En eso vi llegar un tanque por el corredor que se extiende bajo el Chihuahua. Tomó posición justo frente a nosotros, levantó su cañón al máximo y, de pronto, la onda expansiva de un ruido grave me encogió el estómago. El tanque había disparado contra el edificio, lo que provocó el incendio de las láminas de plástico que cubrían la construcción. Una llamarada salió en línea recta hacia arriba, en tanto que oíamos los gritos aterrizados de quienes estaban en el inmueble.

El fuego más tupido fue de las seis de la tarde a las ocho y media de la noche. Hubo, sin embargo, momentos en que disminuía la intensidad de ese concierto loco en el que se mezclaban tableteos de diversos ritmos y volúmenes con una dispareja melodía de rifles y pistolas de variadas voces. De tiempo en tiempo, los cañones de las tanquetas emitían sus bajos profundos en medio de un coro de lamentos, chillidos histéricos, llantos, rezos y llamados a tener serenidad, valor o resignación.

Había quienes emitían sollozos espasmódicos, exactos. Eran hombres y mujeres que recibían la ternura y solidaridad de los más enteros. En una de esas ocasiones, quizá para infundirme ánimos, con una especie de terror sublimado, dije más o menos a unas muchachas que lloraban: “aguanten, tenemos que salir vivos de aquí, ya nos tocará a nosotros”.

Los que dominados por la locura del momento trataban de levantarse eran atenazados entre varios compañeros y hasta recibían un buen golpe para obligarlos a volver al suelo o, más exactamente, al montón de cuerpos. En forma grotesca, dolorosa, desde el otro extremo del amasijo humano, una adolescente hincada me saludaba sonriente, como poseída. Era la hermana menor de Yolanda Ulibarrí, una compañera de la escuela.

Un soldado quedó durante toda la balacera a nuestro lado. Desde ahí disparaba, al igual que sus colegas, contra algunas ventanas abiertas donde nunca pude ver algo parecido a un francotirador, a una figura humana. Cuando aumentó el número de heridos y su sangre fue más evidente, algunos empezaron a gritar: “un médico, un médico”. Era inútil. Algunos militares cargaban cuerpos y atendían a sus heridos, pero los civiles no parecían importarles. El soldado más cercano a nosotros, ante las reiteradas exigencias de auxilio, apuntó su arma contra un estudiante de Economía que estaba junto a él y muy quedo, pero con firmeza, le dijo: “cállese o lo mato”. Nos callamos. Ese mismo soldado había ayudado a varios manifestantes a echarse al suelo.

De entre los civiles tirados a mi izquierda, ante la sorpresa de todos, se irguió un hombre de saco azul, quien agitaba como bandera de paz un brazalete blanco con el emblema universalmente conocido; “¡Soy voluntario de la Cruz Roja!”,

gritó varias veces, mientras se desplazaba sobre los cuerpos tratando de llegar a la orilla sur de la plaza, distante unos cuantos metros. El hombre desapareció y pensé que había sido una buena forma de escapar, pero poco después regresó para atender a quienes habían sido alcanzados por los disparos. Hizo más de un viaje y cuando la balacera perdió intensidad ayudó a trasladar heridos.

En un seguimiento del socorrista pude ver, asidos de brazos y piernas, a Guillermina y Juan Manuel, quienes se dedicaban a besarse para atenuar el miedo, lo que sirvió para convertir en novios a los pretendientes. Mi amigo tuvo mucho trabajo, pues Guille se entregaba al llanto y él no perdía ocasión de consolarla.

Al amainar el fuego, los soldados estaban ya en la entrada del Chihuahua, donde los individuos de guante o pañuelo blanco habían llegado desde el principio, en tanto que otros del mismo grupo, ya en plena balacera, habían ido subiendo al grito de “¡No tiren, no tiren!”, “¡Olimpia, Olimpia!”

Controlada la situación, decenas de soldados entraron por entre los vidrios rotos de la planta baja a saquear los comercios. Una tienda de joyería barata fue objeto de rapiña metódica: los de verde se apoderaron de cuantos objetos podían llevar en las bolsas y los últimos en entrar se conformaron con puños de bisutería. Se me ocurrió, estúpidamente, que debíamos tener un testimonio de lo que estaba viendo y empecé a gritar: “¡Una cámara, una cámara!” ¡Hay que tomarles una foto para que luego no nos acusen a nosotros!”

Una voz susurró mi apellido a dos cuerpos de distancia: “Musacchio, Musacchio”. Cuando oí mi nombre me supe identificable y quise ignorar al que me hablaba. Pero la voz no deja-

ba de insistir: “No te hagas, hombre, ya sé que eres Musacchio, de Economía”. Me volví, desconfiado, y vi a Carlos Díaz de la Vega, un brigadista muy conocido, quien me alargaba trabajosamente una cámara al mismo tiempo que me advertía: “Pero no tiene rollo”.

—¿Y para qué carajos la quiero sin rollo? —le reclamé.

Para ese momento ya circulaban entre nosotros los camilleros. Algunos heridos leves se negaban a ser trasladados a un hospital, por temor a que les pasara algo peor. En eso nos ordenaron levantarnos, lo que algunos aprovechamos para deshacernos de todo lo que pudiera resultar comprometedor: volantes, revistas, periódicos y otros papeles que revelaran nuestra filiación política. Hubo quienes destruyeron ahí mismo sus credenciales para no ser identificados.

Ya de pie pudimos ver sobre la plaza manchas de sangre que no pudo lavar la llovizna, papeles, trapos, zapatos —muchos zapatos— y todavía algunos cuerpos que apresuradamente eran retirados. El humo de la pólvora aún picaba la nariz e irritaba los ojos. Ahí mismo nos tuvieron parados y cada vez que se oía alguna balacera volvíamos al suelo por acto reflejo.

Finalmente nos formaron de dos en fondo con las manos en la nuca: Juan Manuel y yo decidimos que Socorro y Guille fueran exactamente delante de nosotros, pensando que así podríamos protegerlas. Al momento de ponernos en marcha, Socorro tuvo un ataque de nervios y entre dientes, imperativo, le dije que avanzara, pues temía que sus notorias turgencias despertaran la fiera del deseo entre esos hombres que nos tenían a su merced. Los cuidados que yo le prodigaba a mi novia los interrumpió un capitán que descargó sobre mis costillas la culata de su fusil ametralladora mientras me espetaba: “Pinches estudiantitos pendejos, ¿ya ven lo que provocaron con sus cosas?”

En la esquina surponiente de la plaza entregamos cinturones, agujetas y todo lo que, supongo, podría servir para un suicidio. Después nos formaron a lo largo de la fachada norte del templo donde debido a las repetidas balaceras, algunos detenidos, sobre todo las mujeres, se pusieron a golpear con insistencia las puertas de la iglesia. Pero fue inútil. Esa noche no se abrió la casa de Dios.

Después vimos que se acercaba un joven de pelo semi-rrapado, evidentemente un militar sin uniforme al que acompañaban varios periodistas. Entre ellos iba Sotero García Reyes, de *El Heraldito*, amigo de la familia de Socorro y Guillermina, a quienes logró sacar echando mano de influencias que resultaron muy oportunas. Cuando ellas se fueron, Juan Manuel comentó con un suspiro: “un problema menos”. Al rato escuché una voz tipluda a mis espaldas: “Quihubo, pinche flaco”. Era Gonzalo Martínez, el *Zombie*, compañero desde la prepa, y gracias a él fumamos nuestro primer cigarro en cinco dilatadas horas.

Nuevos tiroteos nos llevaron una y otra vez al suelo. Nunca pude ver de dónde salían las descargas, pero oí y sentí perfectamente cuando las balas despostillaban los adoquines. Pasada la medianoche nos condujeron a un patio con arcadas del convento contiguo a la iglesia, y ahí nos sentimos relativamente seguros. Unas dos horas después nos sacaron para formarnos frente al viejo jardín de Tlatelolco, a lo largo del muro del convento, donde un joven moreno, de cejas largas y lacias, pasó frente a cada uno de nosotros clavándonos en la pared con la mirada. Sacó a cuatro o cinco de la fila, a uno se lo llevaron aparentemente detenido y a los demás los dejaron ir. Horas después, sin que dejaran de oírse esporádicas descargas, nos subieron a unos autobuses urbanos donde éramos

vigilados por varios policías, además de las patrullas y julas que nos seguían.

Llegamos a Lecumberri y sin bajarnos de los camiones esperamos un buen rato, hasta que alguien informó a nuestros vigilantes que en esa prisión ya no había lugar. Reanudamos el viaje y los camiones rodaron despacio hasta la cárcel de Santa Martha Acatitla, a la que llegamos cuando todavía estaba oscuro. Mientras nos hacían esperar afuera de la penitenciaría, uno de los policías que nos custodiaba revivió nuestro miedo, pues dijo que a los primeros en llegar les hicieron valla, esto es, los habían obligado a pasar entre dos filas de guardias que los golpearon y desvalijaron. Por suerte, los que viajábamos en los últimos transportes hicimos una entrada sin problemas y nos condujeron hasta un salón helado y muy grande, de techo alto con paredes y pisos de mosaico o granito, donde nos tuvieron parados desde el amanecer hasta después de las siete, cuando apareció un militar, un mayor que nos dirigió unas palabras con tono marcial:

“Señores, han llegado ustedes a la cárcel más hermosa de América Latina. Aquí tienen que portarse muy bien, porque si no, ya saben... En unos momentos más llegará el señor director de la penitenciaría, quien dirá qué se hace con ustedes. Obedezcan las órdenes y no les pasará nada. Al que no las obedezca, aquí le enseñamos a obedecer.”

El Oficial se retiró y más de 700 seres aún empavorecidos nos quedamos en aquel galerón gélido, hambrientos, acosados por el sueño y con los nervios deshilachados.

En tan deplorable situación vimos llegar muy derecho a un general recién bañado a quien acompañaban varios oficiales y algunos civiles. El hombre del águila en el quepí era

el director de la prisión, en torno del cual nos formaron para darle una completa visión de campo.

Durante varios minutos nos examinó con toda la dureza de una mirada cruel, inquisidora, hasta que empezó su perorata.

—¡Yo no sé qué hayan hecho, cabroncitos, pero ésta es una cárcel, y aquí se chingan!

Guardó un largo silencio y nosotros, totalmente vencidos, tuvimos tiempo para imaginar lo peor. Habló en tono áspero de la responsabilidad que cabe a los jóvenes, de la indisciplina y sus consecuencias, de la pérdida de valores, de la necesidad de respetar a los adultos y a las instituciones. Justo lo que esperábamos de un militar, el que, por añadidura, nos comunicó su pesar por la muerte de un ex condiscípulo, el también general José Hernández Toledo, quien ganó sus entorchados, como nosotros sabíamos, en la represión contra movimientos estudiantiles, con la ocupación de universidades y el bazucazo contra la puerta de la Preparatoria Uno en ese mismo año de 1968.

Aunque después nos enteramos de que el *Naranjero*, como le decían a Hernández Toledo, no había muerto, Juan Manuel y yo celebramos con un discreto codazo.

La filípica del director continuó alternándose con silencios, los que resultaban más impresionantes por la incertidumbre de las siguientes horas, de los siguientes días. No volvió a las palabras gruesas del principio, pero su tono era severo, recriminatorio, amenazante. Después del lapso silencioso que siguió a su última andanada, en forma repentina las facciones duras y la mirada intimidatoria dejaron su lugar a una expresión beatífica.

—Pero hijos de mi alma, ¿qué andaban haciendo ustedes allí? —, nos dijo con un tono desconcertante por su ternura. “Yo sé que ustedes son buenos, porque los jóvenes son gen-

te limpia, son el futuro de nuestra patria y México necesita de muchachos como ustedes, con su idealismo. A lo mejor aquí hay algunos agitadorcillos, pero estoy seguro de que la mayoría son buenos muchachos, buenos hijos, respetuosos, dedicados al estudio, como deben ser los jóvenes.”

Nuestro desconcierto se convirtió en esperanza. El general continuó con la misma voz paternal, afectuosa: “Ésta es una cárcel y todas las cárceles son duras, pero vamos a ver la manera de que estén seguros mientras se hallen aquí. Ya ordené que les desalojen un dormitorio. No van a tener contacto con otros presos porque no quiero que les pase nada. Tampoco dejaré que nadie, sea quien sea, abuse de ustedes. Están aquí bajo mi responsabilidad y mi protección....”

Casi sentimos ganas de aplaudirle, pero si alguien tenía esa intención la atajó adoptando nuevamente un tono castrense.

—¿Alguna pregunta...?

—Mi general, quiero que me permita, en nombre de todos nosotros, darle las gracias por esta recepción y por sus palabras —el que hablaba era Treviño, también estudiante de Economía de la UNAM. Yo sé que usted comprende nuestra situación porque tiene hijos que son jóvenes como nosotros, idealistas que, también como nosotros, sintieron la misma indignación ante la injusticia que nos ha traído hasta aquí. Gracias, mi general, por tratarnos con la misma comprensión con que trata a sus hijos, actores también de este movimiento que creemos justo y patriótico...

—Bueno, bueno... —interrumpió con un gesto el general, que terminó así con el discurso grandilocuente pero comprometedor de Treviño. El militar indicaba así su embarazo porque se hablara ahí de sus hijos como participantes en el movimiento.

Prefirió entonces darle la palabra a otro detenido que tímida-mente preguntó:

—General, ¿nos podrían dar un cafecito?

Todos soltamos una carcajada que acabó por romper la tensión.

—Pues, eh, vamos a ver. En realidad no los esperábamos, no estábamos preparados...

La respuesta del director, como de quien recibe visitas inoportunas, nos hizo reír de nuevo, con todo y su rigurosa lógica.

Pese a no estar preparados, nuestros anfitriones nos trataron mucho mejor de lo que puede esperarse en una cárcel. Alrededor de las doce del día nos llevaron café y bolillos, más tarde nos ofrecieron servicio médico y nos entregaron cobijas nuevecitas. También flamantes fueron las charolas en que nos sirvieron la comida bien entrada la tarde. Nos dieron lo indispensable para la higiene y nos metieron a cuatro en cada celda individual. En la nuestra sólo estuvimos tres, pues el cuarto, con una herida de bayoneta en la pierna, se quedó en la enfermería. Pudimos dormir, si bien no faltaron incidentes que se mezclaron con los rescoldos del miedo.

En la madrugada del viernes, cuatro de octubre, nos despertaron para la ficha: huellas digitales, fotos de frente y de perfil, así como los datos personales anotados en medias hojas tamaño carta. Cuando volvimos a la celda, Juan Manuel soltó algo que yo había tenido presente durante muchas horas: “Oigan, ya revisé el excusado, la llave del agua y todo lo que podría oler mal, pero no sé de dónde sale una hediondez del carajo”. Intervine en el mismo sentido: “Sí, yo también he estado oliendo algo que apesta de la chingada”. Toño, el otro compa-

ñero, dejó salir una vocecita apesadumbrada: “Soy yo”, dijo ante nuestro asombro. “¿Pos qué, estás enfermo?, preguntó Juan Manuel. “No, es mi suéter. Creo que en el desmadre caí sobre unos sesos. Ya lo lavé muchas veces y no se le quita la peste. Huele a muerto.”

Nos dispusimos a dormir, pero el suéter evocaba la presencia de alguien que había estado con nosotros en la plaza, alguien que no tuvo nuestra suerte.

En la madrugada siguiente nos condujeron al comedor de la crujía, donde estaban varias cubetas llenas de parafina para la conocida prueba. Sin embargo, nos formaron para pasar a interrogatorio sin meter la mano en la cera. Los interrogadores no eran guaruras, como suponíamos, sino agentes del Ministerio Público. En la celda nos habíamos puesto de acuerdo en lo que debíamos contestar. No podíamos negar que éramos estudiantes, pero por ningún motivo debíamos revelar que éramos militantes politizados y organizados. Nuestras respuestas debían ser lógicas, sencillas, creíbles, aparentemente ingenuas.

Como se hace en estos casos, me apegué a la verdad siempre que pude, pues de ese modo es menos frecuente caer en contradicciones. Le conté al fiscal que yo trabajaba para poder estudiar, que era huérfano y que una hermana costurera me había mantenido hasta que puede valerme por mí mismo. Creo que se conmovió, pues me dio consejos que bruscamente interrumpía cuando recordaba su papel. “¿A cuántos granaderos golpeaste?” “Se me hace que tú eres uno de los revoltosos.” “A ver, dime, ¿a cuántas manifestaciones fuiste?”

—A la del rector— respondí seguro, pues sabía que ésa no la consideraban subversiva;

—¿Nada más?

—Sí, señor.

—¿De qué escuela eres?

—De Economía, de la Universidad, señor.

—Ahhh, eres de los peligrosos.

—No, señor, de veras.

—¿Ibas todos los días a las asambleas?

—Al principio sí, pero después yo lo único que quería era volver a clases, señor.

—Y si querías volver a clases, ¿por qué ibas a las asambleas?

—Porque ahí se votaba si volvíamos a clases, señor.

—Y tú, ¿hablabas en las asambleas?

—No, señor, a mí me dan pena esas cosas.

—¿Entonces, por qué aquí sí estás hablando?

—Pues porque usted me pregunta, señor.

—¿A qué líderes conoces?

—Pues a algunos, señor.

El MP sonrió como diciendo “este ya cayó” y luego, muy enérgico, soltó la pregunta obligada.

—¿Cómo se llaman?

—Bueno, no sé, pero...

—¿Pero qué?

—Pues esos que salen en los periódicos.

—Ah, son tus amigos.

—No, señor, pero sí he visto sus nombres.

—¿Y cómo se llaman? A ver...

—Pues ahorita no me acuerdo, pero son los que salen en los periódicos.

—De estos, ¿a quién conoces? —me preguntó, mostrando una lista de 10 nombres donde estaban Raúl Álvarez

Garín, Gilberto Guevara Niebla, Pablo Gómez y otros. Señalando con el dedo al primero, dije como si le hiciera la gran revelación:

—¡Éste venía con nosotros!

—¿Y lo conoces?

—No, pero oí que lo nombraron al pasar lista. Aquí debe estar.

Por supuesto, ya se había corrido la voz de que se lo habían llevado a otro lugar. Algo masculló el mecanógrafo al MP y éste hizo un gesto de desagrado.

—¿Y a éste? —dijo señalando con el índice el nombre de Guevara.

—Éste es de los que salen en los periódicos —respondí en tono de “mire usted que yo sí sé”.

—Sí, ya sé que salen en los periódicos —me reclamó enfadado—, pero te estoy preguntando si los conoces.

—Ah, eso sí no, señor.

—A ver, ¿y a éste? (indicando el nombre de Pablo Gómez).

—A éste sí lo conozco, señor.

—¡Vaya, por fin! —respiró el agente del MP con un aire de suficiencia profesional. ¿Desde cuándo lo conoces?

—Pos de ahora que empezó esto del movimiento.

—¿Y es tu amigo?

—No.

—¿Entonces, cómo lo conoces?

—Porque es de los políticos de la escuela y esos siempre andan en las asambleas y hablan y todo eso.

—Bueno, dime cómo es.

—Pues no sé si uno más bien alto, o el otro medio gordinito que también habla, o a lo mejor es un tipo fornido que tiene el pelo así como... ¿Cómo le diré?

—¿Cómo?

—Pues no me acuerdo, porque yo nomás veo a los políticos en la escuela, pero ni sé quién es quién.

—Los políticos, los políticos. Se me hace que tú eres uno de los políticos esos, ¿verdad?

—¿Yo por qué, señor?

—Porque yo te vi quemando camiones.

—Señor, de seguro me confunde.

—Mmmmh... Te voy a dejar ir, pero tienes que ser un buen estudiante para que no defraudes a tu hermana, que tanto se ha sacrificado por ti, ¿eh?

—Sí, señor.

—Bueno, vete.

Me levanté despacio, haciéndole caravanas al MP y al mecanógrafo que me respondieron con una mueca de enfado y me fui a formar con otros que habían pasado la prueba. Nos sacaron de la crujía, atravesamos patios y jardines y luego recorrimos en sentido contrario salas y pasillos hasta llegar a la gran puerta de entrada entre burlas y mentadas de los celadores.

Salimos a la calle, “al aire libre”, y entendí cabalmente el significado de esa expresión.

Entre el escamoteo y la mentira

Después de una larga noche, de una historia marcada por destellos casi épicos y frustraciones sin cuento, desde 1994 los mexicanos sabemos bien a bien qué significa la libertad de expresión. Es cierto que no ha desaparecido del todo la vieja relación entre prensa y poder, que subsisten las presiones contra los medios y los periodistas, que siguen presentes las prácticas indecorosas y que grandes partidas presupuestales se destinan al beneficio de quienes sirven al gobierno en turno en el campo de la información y la opinión. Todo eso está ahí. Forma parte del México que se niega a irse, pero lo cierto es que un periodismo nuevo se abre paso y dispone de espacios hasta hace poco impensables.

Esa libertad de expresión que hoy tenemos es el feliz resultado de una paradoja, pues se la debemos tanto a la insurrección zapatista de 1994 como a la conciencia cívica y pacifista que entonces se impuso sobre la violencia; esta libertad es hija de las concesiones que, obligado por las circunstancias, hizo en su último año el salinato; pero es también producto del movimiento social, de la creciente toma de conciencia de los mexicanos sobre sí mismos y su realidad.

Para llegar hasta esta libertad, que por cierto no desean ejercer todos los periodistas ni todos los medios, fue necesario

pagar un alto precio. El mayor y más doloroso, el homicidio de decenas de colegas, entre otros el que tuvo como víctima a Manuel Buendía en 1984, que fue un crimen de Estado, como bien lo sabemos ahora, pese a que infinidad de cosas en torno de aquel asesinato estén oscuras.

Para arribar a la opción de informar con amplitud sobre cualquier tema y de opinar sin cortapisa en los medios de vanguardia, debimos presenciar el renacimiento de *Excélsior* bajo la dirección de Julio Scherer y luego los hechos vergonzosos, promovidos por Luis Echeverría, que culminaron el 8 de julio de 1976 con la salida de ese diario de cientos de periodistas. Tuvo que crearse, con el aporte de muchos mexicanos, el ahora indispensable semanario *Proceso*. Debieron vivirse los buenos años de *unomásuno*, la quiebra moral de ese periódico y en 1984 la fundación de *La Jornada*, otra vez con el aporte y el cobijo de una sociedad que demanda saber lo que ocurre en México y en otras partes. Tuvo que madurar *El Financiero* y nacer *Reforma*, tuvo que producirse la desgracia de los sismos de 1985 para que la radio cobrara conciencia de sus posibilidades y empezara a desplegarlas, en algunas frecuencias con singular brillantez.

En el camino que nos ha traído hasta este momento, uno de los cuatro con mayor libertad de expresión en la historia de México, hemos dejado atrás episodios bochornosos, como el intento de José López Portillo de asfixiar a *Proceso* y otras publicaciones con su divisa de no pagar para que le pegaran, esto es, la convicción de aquel presidente de que la autoridad, igual que la prostituta con el proxeneta, paga precisamente para que no le peguen.

Si se trata de evaluar que tan largo es el trayecto que nos ha traído hasta aquí, cabe recordar lo que era nuestro ofi-

cio en los años sesenta. Lo describía muy bien un hombre que en toda su vida profesional llevó el ejercicio de la libertad de prensa hasta el límite permitido por el poder y frecuentemente más lejos, don José Pagés Llergo, quien decía en 1966 a un grupo de jóvenes egresados de la carrera de periodismo:

“Me pregunto qué ejemplo valedero puedo invocar y qué enseñanzas elevadas podría dictar, cuando ni las manos ni las conciencias de mi generación están limpias. Porque hemos doblado las espaldas y hemos hincado las rodillas ante el altar donde presiden los signos más reverenciados de nuestro tiempo, allí donde el poder y el dinero se levantaron en símbolo para ocupar el lugar de Jesucristo. Porque hemos claudicado de la dignidad en beneficio de satisfacciones primitivas y porque nos hemos hecho insensibles al dolor del pueblo, en cuyo nombre pretendemos ejercitar un derecho del que no somos dignos del todo... Oscilamos entre el halago abyecto y la censura irresponsable...”

Quien se asome a la prensa de 1968 hallará muchas y muy diversas comprobaciones de lo dicho por el viejo maestro. Recientemente, Jacobo Zabłudovsky, quien en aquel año conducía un noticiero que invariablemente presentó a los estudiantes como delincuentes, declaró a *La Jornada* que no se podía informar de todo porque de la Presidencia de la República “llegaban la petición, la orden, para influir en determinadas informaciones”. Para ilustrar los extremos a los que llegaba la injerencia oficial, Zabłudovsky narró que el presidente Gustavo Díaz Ordaz le reclamó telefónicamente que la noche del 3 de octubre apareciera ante las cámaras de corbata negra. Era un caso de evidente paranoia, pues Zabłudovsky siempre salía a cuadro con corbata negra, pero el poderoso, cuando se siente amenazado, suele desconfiar de todo y de todos.

En pleno movimiento, en *La Cultura en México*, el suplemento cultural de *Siempre!* que dirigía Fernando Benítez, hubo alguien que desentonó del coro que cantaba loas al Señor Presidente y entonaba himnos a la represión. Era la voz de Carlos Monsiváis, quien escribió de las excrecencias de la prensa de esos días: “pocas veces se había visto en México una utilización tan multánime y unánime de la calumnia, la invención, la deformación imperial de los hechos. Los estudiantes eran los villanos, los malditos de esa serie de episodios. Su acción era perversa, antinacional, nefanda y pecaminosa. Los editoriales abundaron en el estilo peyorativo de quien sabe que si no tiene la razón, por lo menos posee, y portentosamente, la fuerza. No hubo, del viernes 26 al martes 30 (de julio), ninguna actitud digna o sensata. Nadie apeló a la legalidad, ningún periodista quiso enterarse de la existencia de una Constitución Política que desautorizaba los desmanes, motines y provocaciones de los granaderos y el ejército. Ningún reportero decidió como su deber mostrar las pruebas, por otra parte múltiples, de que no existía conjura alguna, de que los estudiantes no estaban armados, de que contra ellos se había ejercido la ilegalidad, la provocación y la virulencia física. Incapaces de informar críticamente, incapaces siquiera de informar, los periódicos en México —y durante cinco días de viernes a martes no hubo excepciones— contribuyeron al lujo y la magnificencia de la Represión de Julio, al mostrar las variedades del silencio, la serie infinita de gamas en que puede distribuirse tipográficamente la corrupción”.

Es obvio que el ocultamiento informativo y el falseamiento de los hechos, más que resultado de la censura directa, eran producto de la autocensura, explícitamente recomendada

por Gustavo Díaz Ordaz, quien ya en 1966, durante la comida llamada de “la libertad de prensa”, decía a dueños y directores de medios que debían, “antes de dar una noticia a la publicidad, pensar siempre si sirve o no a la verdad, si ayuda a la concordia de los mexicanos o aumenta sus rencores... si tiende a resolver problemas o agravarlos... si contribuye a la urgente necesidad de la paz o a desatar violencia”. En suma, les estaba indicando que debían ejercer de manera cotidiana y sistemática la autocensura. Ni más ni menos.

En este día, agregaba aquel ser oscuro y sanguinario, “reafirmo mi creencia de que sea dentro del propio periodismo en donde deban buscarse y encontrarse los medios para evitar que el ejercicio de esta noble profesión degenera o afecte los intereses de terceros, de la sociedad o de la patria entera... Pensamos que las limitaciones a la libertad de expresión que nuestro código fundamental marca, deben partir esencialmente de la conciencia del propio periodista y de su valía moral; él sabe muy bien lo que invade la vida privada, lo que lesiona el justo orden público y lo que perjudica a la nación; él debe ser actor y juez en la aventura diaria de informar al pueblo”.

Por supuesto, aquel megalómano ignoraba la vieja divisa periodística de que las buenas noticias no son noticias. Pedía “que no sepamos nada más en México de los desórdenes y de los crímenes... que sepamos —pedía— al lado de esas informaciones dolorosas, de las luminosas, de los aciertos, de las realizaciones, de los pasos dados en el sendero del progreso”.

Quería, no periodismo, sino propaganda. Por eso, cuando *Contenido* publicó un reportaje que exhibía las lacras del PRI, la revista, que ya había sido enviada a los suscriptores, no pudo llegar a los puestos de periódicos, pues el gobierno consideró

inaceptable lo que decía. Más drástico fue el zarpazo contra el *Diario de México*, que dejó de publicarse por el resto del sexenio debido a que el 23 de junio de 1966, por un descuido salieron cambiados los pies de dos fotos en la página tres: en una aparecía el presidium de la convención de gasolineros bajo un enorme retrato del presidente Gustavo Díaz Ordaz y en la otra un par de changos. La primera salió con el pie de la otra, que decía: “Se enriquece el zoológico. En la presente gráfica aparecen algunos de los nuevos ejemplares adquiridos por las autoridades para divertimento de los capitalinos...” Lo anterior desató las iras del poder y aunque el director Federico Bracamontes envió al secretario de Gobernación, Luís Echeverría, un memorándum informándole que había cesado al jefe de máquinas, al hermano de éste, al jefe de talleres y a otra persona, de nada le valió. El 3 de agosto, en su editorial, el periódico denunció que el presidente “había ordenado que se tomaran las medidas necesarias para su desaparición”, pues para entonces se le había retirado toda publicidad gubernamental y se bloqueaba la actividad de sus reporteros, hechos que calificaba como “un grave atentado a la libertad de prensa y un abuso del poder público en contra de nuestra vida profesional y ciudadana”. *Diario de México* dejó de circular por el resto del sexenio.

Igualmente, una y otra vez se trató de impedir la salida de la revista *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas, quien denunció sin descanso innumerables atropellos que incluían “sobornos, coacciones, amenazas, bloqueos económicos, negativas para obtener el papel mediante su pago, inquisiciones policíacas, amedrentamiento pertinaz de los colaboradores, escritores, editorialistas y de los trabajadores de talleres”. Ese cúmulo de canalladas obligó a cerrar la revista, cuyo último número,

correspondiente a diciembre de 1967, circuló a principios de 1968. Pero ni eso le bastó al sátrapa: en los primeros días del movimiento, Marcué Pardiñas fue detenido, vejado, torturado y conducido a la prisión de Lecumberri, donde pasó más de dos años.

En los sesenta el autoritarismo vivió uno de sus momentos estelares. La autocensura era la norma que alegremente aceptaban dueños y directores de los medios, convencidos de que eran lacayos de la autoridad, pero también una extensión del poder. Además, la práctica de la autocensura les retribuía muy generosas recompensas en dinero, impunidad y otros beneficios, como nuevas concesiones a los empresarios de radio y televisión.

Los medios de comunicación, habituados a caminar de espaldas al país, durante el movimiento de 1968 chocaron con la sociedad. La radio de entonces no tenía mayor importancia noticiosa, pero sus pocos espacios informativos se ciñeron también al interés político del gobierno. Con los medios escritos ocurrió lo mismo. No casualmente, cada vez que las manifestaciones pasaban frente a Reforma 18, sede de *Excelsior*, el coro de la muchedumbre repetía insistente: “¡Prensa vendida, prensa vendida!” Tan mala fama tenía el gremio, que una de las marchas que en lugar de caminar por Madero decidió tomar Cinco de Mayo, al pasar por la esquina de Filomeno Mata, donde está el Club de Periodistas, recibió el aplauso desde un balcón que ocupaban miembros de la Asociación Mexicana de Periodistas. La AMP que dirigían Renato Leduc, Edmundo Jardón, Rosendo Gómez Lorenzo, José Luis Parra y Antonio Caram desplegó una manta que decía: “No todos somos prensa vendida”. La aclaración valía la pena.

El movimiento fue la prueba de fuego para *El Día*, el gran periódico de los sesenta, y salió reprobado pese a que en sus páginas se publicó la mayor parte de los desplegados y fue ahí donde el movimiento tuvo su mejor reflejo. La razón es que al final su director no tuvo más opción que la ignominia de acatar las órdenes gubernamentales y ahí liquidó la credibilidad de ese diario que, vale insistir, fue el mejor de México en aquella década, el que hacía un seguimiento riguroso del acontecer internacional, que ofrecía amplia información sindical, que daba considerable espacio a la cultura... Fue, por ejemplo, el que ofreció la mejor información sobre el Mayo Rojo, que leíamos sin saber que a la vuelta de esquina teníamos varios meses mucho más rojos, más sangrientos que la gesta francesa.

Contra lo que se dice, *Excelsior* no fue un periódico que simpatizara con el movimiento. Julio Scherer asumió la dirección en agosto, pero la organización interna se mantendría mucho tiempo en manos de periodistas formados por la generación de los hermanos Borrego, propagandistas del nazismo, oficiantes de un anticomunismo feroz, caracterizados por una repulsa zoológica hacia toda protesta popular y siempre dispuestos a ver y presentar la información con las antiparras del macartismo. Por lo demás, Scherer distaba de simpatizar con la izquierda y con cualquier cosa que oliera a comunismo. Tuvieron que pasar varios años para que en las páginas editoriales del *Excelsior* que él dirigió apareciera como firmante algún marxista y por supuesto no dio cabida a nadie que perteneciera al Partido Comunista Mexicano. Julio Scherer nunca entendió el carácter antiautoritario de la huelga estudiantil de 1966 en la UNAM. Para él todo se redujo al bochornoso acto en que los pistoleros priistas obligaron al rector Ignacio Chávez a renun-

ciar. En suma, Scherer fue ciego y sordo ante aquel movimiento estudiantil que desató el proceso de reforma universitaria que encabezó don Javier Barros Sierra. Lo ocurrido en la UNAM en 1966, también hay que decirlo, es un antecedente insoslayable del movimiento de 1968, que tampoco entendió el hoy reconocido periodista.

El resto de la prensa actuó en 1968 de manera vergonzosa, con frecuencia censurando el trabajo de sus reporteros. Destacaron en aquella sucia tarea dos diarios: *El Heraldo* y *El Sol de México*, cotidianos que fueron los dos primeros en aparecer a color, ambos nacidos en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz y bajo su padrinazgo. Del servilismo extremo al que llegaron algunos directores en aquellos días es muestra elocuentísima la carta que en septiembre dirigió al presidente Díaz Ordaz el dueño y director de *El Heraldo*, Gabriel Alarcón, quien ahí dice: “Por muchos lados se nos ha criticado nuestra parcialidad y entreguismo. Pero le ratifico a usted que hemos sido, somos y seremos Díaz Ordacistas (sic) y agradecidos leales y sinceros con usted. Sin embargo, mucho le agradeceremos que si usted personalmente cree que nos hemos equivocado, por favor nos lo haga saber. Señor presidente: nos sentimos en un cuarto oscuro y solamente usted nos puede dar la luz que necesitamos y señalarnos el camino a seguir”.

Cualquiera diría que esa abyección no podía ser igualada. Sin embargo, en junio del año siguiente, en la comida del día de la libertad de prensa, Martín Luis Guzmán, director del semanario *Tiempo*, en nombre de los dueños y directores de periódicos, dijo: “La conducta general de la prensa de México ha venido respondiendo positivamente a las normas y deberes periodísticos codificados por el señor presidente de la República”.

Más adelante hizo un relato del comportamiento de la prensa en 1968 y dirigiéndose al presunto codificador de la conducta periodística, expresó: “Lo felicitamos a usted, señor; y si, efectivamente en algo fallamos a esa hora, lo lamentamos sin la menor reserva”.

Una muestra elocuente de las miserias de aquel periodismo está en el tratamiento que al día siguiente de la matanza recibió lo ocurrido el 2 de octubre en Tlatelolco, especialmente en las cabezas, que iban de lo timorato a lo francamente difamatorio, pues ninguno condenó aquel asesinato masivo:

“Recio combate al dispersar el ejército un mitin de huelguistas”, encabezó *Excelsior* sin aclarar que el “recio combate” era de policías y paramilitares contra una multitud inerme; “Criminal provocación en el mitin de Tlatelolco causó sangriento zafarrancho”, dijo *El Día* sin señalar quiénes fueron los provocadores; “Manos extrañas se empeñan en desprestigiar a México”, sentenció al archirreaccionario *El Sol de México*; “Durante varias horas terroristas y soldados sostuvieron rudo combate”, inventó cínicamente *El Universal*; “Balacera entre francotiradores y el ejército en Ciudad Tlatelolco”, puso *Novedades* a ocho columnas sin presentar una sola prueba de la existencia de tales francotiradores; al igual que *El Heraldo de México*, diario de ultraderecha, que llevaba como cabeza “Francotiradores dispararon contra el ejército: el general Toledo lesionado”.

Ésa era la prensa mexicana en 1968, la que dejaba ver a las claras cómo eran sus dueños y directores. Pero curiosamente, si en 1968 tocó fondo el sometimiento, a partir de ahí empezaría a forjarse una nueva conciencia entre los periodistas mexicanos, varios de ellos sobrevivientes de Tlatelolco, otros, profesionales empeñados en dignificar su actividad. Las

estaciones de este tránsito han sido numerosas y la evolución desesperantemente lenta, con retrocesos ocasionados por la arbitrariedad del poder y aun por nuestra incapacidad para levantar casas bien construidas, capaces tanto de soportar la agresión de autoridades despóticas como de mantener a raya el individualismo y la ambición mezquina.

Pese a todo avanzamos, pero es lamentable que el grueso de los periodistas, sin órganos colegiados, sin la cohesión que da un sindicalismo fuerte, hayamos retrocedido en otro aspecto: el de la propiedad de los medios en que trabajamos. Desapareció la cooperativa que editaba *La Prensa* y otras están en proceso de extinción. Se traicionó el carácter comunitario de *unomásuno* y el neoliberalismo, que ha carcomido numerosas empresas periodísticas, decidió suprimir de un manotazo *El Nacional*, fuente de trabajo de 300 compañeros, lo que es decir medio de vida de 300 familias. Laboral y organizativamente, los periodistas no vivimos un buen momento ni el periodismo se halla en el cenit. Los procesos computarizados han generado desempleo, la desaparición de numerosas categorías de trabajo y una sensible baja en la calidad y el acabado de los periódicos.

Vivimos los periodistas atenazados por numerosos problemas laborales, jurídicos y técnicos. Sin embargo, hoy tenemos una libertad de expresión impensable hasta hace muy pocos años. El hecho de que muchos medios prefieran no emplear esa libertad para beneficio de lectores y auditorios, no la hace menos importante, aunque las autoridades se niegan a abrir las fuentes informativas y ésta es la hora en que bien a bien no sabemos cuánto gana un funcionario, qué tanto se enriquece en el poder y a quién benefician los dineros públicos, como lo ha revelado el escándalo del Fobaproa.

Nos aguardan grandes batallas en favor de la libertad conquistada y parece llegado el momento de reflexionar sobre lo que nos espera en el siglo XXI. Los otros tres momentos de una amplia libertad de expresión han terminado con la cancelación brutal de esa libertad como resultado de golpes de Estado. Evitar que algo semejante vuelva a ocurrir es responsabilidad de cada periodista, de los medios, de los partidos y, sobre todo, de los gobernantes.

Postfacio: una primera versión del texto anterior fue escrito al conmemorarse, el 2 de octubre de 1998, treinta años después de la matanza de Tlatelolco. La derrota del PRI en las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2000 significó también el fin de Regino Díaz Redondo en la dirección de *Excelsior* y una crisis que sólo se resolvió en 2006, al decidir la cooperativa editora de ese diario su venta al Grupo Imagen, su actual propietario. *Novedades* desapareció el 31 de diciembre de 2002, cuando la empresa liquidó a su personal y cerró sus puertas. *El Día*, rotativo que fuera indispensable en los años sesenta, dejó de ser cooperativa y desde hace varios años es un zombie, está muerto, pero dicen que todavía se publica. *El Herald de México* fue vendido en 2004 a Grupo Monitor, de José Gutiérrez Vivó, que lo transformó en *Diario Monitor*, aunque meses después, hostilizado por el gobierno, fue a la quiebra; *unomásuno*, después de una pronunciada decadencia iniciada a fines de 1983, cuando salimos los que fundaríamos *La Jornada*, acabó en manos de un empresario inescrupuloso. El viejo régimen político arrastró en su caída una forma de relación con la prensa y de paso a varios periódicos.

De imágenes y símbolos

Debemos a los integrantes del extinto Grupo Mira, muy especialmente a Arnulfo Aquino y a Jorge Perezvega, la preservación del más valioso conjunto de pegadas y carteles generados por el movimiento de 1968. En días en que la posesión de propaganda se penaba con la cárcel, los artistas del Grupo Mira guardaron amorosa y valientemente aquellos invaluable testimonios de la rebeldía y la dignidad, obras realizadas en buena medida con trazos groseros, en forma improvisada, rápida; trabajos impresos en forma precaria sobre humildes papeles y no siempre con la tinta adecuada.

Con ese acervo se integró el libro *La gráfica del 68. Homenaje al movimiento estudiantil*, edición de 1982 prologada por José de Santiago, con un texto colectivo del Grupo Mira y otros tomados de Jaime Sabines, Thomas Mann, Octavio Paz, Juan Bañuelos, José Revueltas, Rosario Castellanos, Efraín Huerta y Apollinaire, así como el alto contraste de la célebre y espléndida fotografía en la que Héctor García captó el mitin del 2 de octubre momentos antes de la matanza.

Disuelto el Grupo Mira, se hizo una segunda edición copatrocinada por Claves Latinoamericanas, la librería *El Juglar* y la revista *Zurda*. Salió al público en 1988, en el vigésimo aniversario del Movimiento, aumentada con un prólogo de Arnulfo

Aquino, un epígrafe de Dante y textos de Eduardo Garduño, integrante del Grupo Mira, junto a Silvia Paz Paredes, Salvador Paleo, Saúl Martínez, el desaparecido Melecio Galván, Rebeca Hidalgo y los citados Aquino y Pérez Vega.

En 2004 apareció una tercera edición, muy aumentada, pues en ella se recogió el contenido de las dos primeras ediciones, pero se le agregaron textos y fotos y, siempre que fue posible, se hicieron aclaraciones muy pertinentes sobre la autoría de las obras incluidas. Ese volumen lleva por nombre *Imágenes y símbolos del 68. Fotografía y gráfica del movimiento estudiantil*, libro editado por la UNAM en 2004 y con el debido crédito para Aquino y Pérez Vega, autores de sendos textos. El libro ofrece también un conjunto de recortes de periódicos y numerosas fotografías, entre otras, varias en las que aparece don Javier Barros Sierra, el ejemplar rector de la Universidad Nacional en aquellos días irrepetibles.

El tomo también recoge numerosas obras gráficas posteriores a 1968 ejecutadas con más elementos y en la forma reposada que requiere el trabajo artístico profesional, con el empleo de la xerografía, las intervenciones en computadora y otros recursos gráficos que no estaban disponibles durante el Movimiento. Lo único criticable de esa inclusión, es que no siempre queda claro cuáles grabados son propiamente del movimiento y cuáles los ejecutados con posterioridad, incluso muchos años después.

Hay en esas páginas un texto introductorio de Hernán Lara Zavala y dispuestos, aquí y allá, los de Jorge Volpi, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Alberto Híjar, José Revueltas y Heberto Castillo; apuntes de Roberto Escudero, de Salvador Martínez Della Rocca *El Pino*, de Raúl Álvarez Garín y otros

delegados al CNH; palabras de personajes como Bob Dylan y Daniel Cohn-Bendit; canciones de Judith Reyes y poemas de Óscar Oliva, Juan Bañuelos, Jaime Sabines, Rosario Castellanos, José Emilio Pacheco y Octavio Paz. Un mérito no menor de *Imágenes y símbolos* es que casi 40 años después por fin podemos conocer a los autores de numerosas obras gráficas, lo que es un acto de justicia.

Un mérito indudable de la edición es que nos sitúa nuevamente en aquellos días de rabia y esperanza. La insurgencia juvenil de 1968 sacudió a decenas de países. Una constante de muchos de esos movimientos fue que, unos más y otros menos, contaran con una gráfica que representaba las demandas específicas, los sueños y aun los anhelos más inciertos de toda esa generación que experimentaba una transformación cultural que entonces era difícil apreciar en toda su profundidad y extensión.

En México, el cambio que vivíamos estaba alimentado por los cineclubes del Politécnico y la UNAM donde se repasaba el neorrealismo italiano, la nueva ola francesa, la filmografía soviética y de otros países socialistas; eran los días del gran debate entre los seguidores de la escuela mexicana y los partidarios de la Ruptura, los provocadores *happenings* de Alejandro Jodorowsky y un irrefrenable gusto por lo diferente, desde el pelo largo y la ropa ajustada en los varones hasta las minifaldas de ellas. Circulaba la píldora anticonceptiva y vivíamos la revolución sexual, la sicodelia y la inquietud ante las drogas, con el telón de fondo de la guerra de Vietnam, las grandes protestas de la juventud estadounidense y los movimientos estudiantiles en decenas de países, pero sobre todo en París, donde, sin metáfora, la imaginación tomó el poder durante las jornadas del Mayo Rojo.

Por supuesto, en la cartelería de la época se muestra centralmente la repulsa al autoritarismo y sus formas más concretas de expresión: las macanas, la policía antimotines, los tanques y la cárcel. Es un acierto que *Imágenes y símbolos del 68* se abra con referencias gráficas de otros países, como la fábrica con la bandera roja, de trazo sencillo y eficaz, o el granadero parisino, ambos del Mayo Rojo francés; o con el círculo seccionado del movimiento contra la guerra de Vietnam lo mismo que con el universal retrato del Che, de Alberto Korda, en alto contraste. Se trata de una iconografía que se adoptó en varias naciones y que aquí, con modificaciones, reproducimos en pegas y pintas, lo que de ninguna manera le resta originalidad a la producción local, pues, por citar un caso, los granaderos parisinos no tienen las características simiescas que les atribuyó implacablemente nuestra gráfica.

La imaginería del 68 se nutrió de la dilatada tradición del grabado mexicano, que en los tres siglos de la colonia, así fuera tímidamente, estuvo salpicada de heterodoxias y rebeldías. Es una historia que tiene sus cimientos en el siglo XIX con la litografía ligada a la caricatura política; es, también, un homenaje a los artistas opositores del porfiriato; una tradición enriquecida en la pasada centuria con el estridentismo, el Grupo ¡30-30! y la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, madre del Taller de Gráfica Popular, institución que a lo largo de varias décadas fue el más importante centro de producción artística de combate.

Hay, pues, una muy rescatable historia heroica de nuestra gráfica, pero lo cierto es que en los años sesenta andaba a la baja el realismo social, al menos tal como lo entendían los seguidores de la escuela mexicana. Fue en esa década cuando

en la plástica mexicana surgieron grupos y movimientos que pugnaban por ganar presencia y legitimidad. En esa insurrección estética participaban artistas que trabajaban con nuevas técnicas, experimentaban con diversos materiales y seguían procedimientos novedosos. Se vivía el gran debate conocido como la Ruptura y el realismo de la escuela mexicana era objeto de un intenso bombardeo teórico y retórico mientras se reivindicaba la validez de otros ismos, la libertad temática y la búsqueda de nuevas formas de expresión plástica.

Cosmopolitas y modernizantes, los renovadores descargaban sin misericordia argumentos y sarcasmos de grueso calibre sobre sus antagonistas. Los partidarios de la escuela mexicana no se quedaban atrás y acusaban a sus detractores de “agentes del imperialismo” y otras lindezas. Los partidarios de la Ruptura reivindicaban el derecho a exhibir su obra en museos estadounidenses, a concursar en certámenes convocados por trasnacionales y a recibir becas y otras canonjías; los tradicionalistas, por su parte, pretendían convertir la discusión sobre valores estéticos en una contienda de ideologías. El 68 vino a mostrar que se trataba de un falso debate, pues artistas de uno y otro bando apoyaron el Movimiento y se hizo común verlos mezclados en las asambleas o trabajando juntos frente a la Rectoría, en la decoración de las láminas que cubrían la semidestruida estatua de Miguel Alemán, dinamitada en 1966, hecho por el que pasaron cinco años en prisión los integrantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil, entre otros Antonio Gershenson, Fabio Barbosa Cano, Gerardo Peláez, Enrique Condes Lara y Luis del Toro y Nájera.

El mural colectivo realizado sobre esas láminas acanalladas —en realidad un conjunto de pequeños espacios en los

que cada quien pintó como quiso lo que le vino en gana— no es destacable por sus valores plásticos, pues salvo excepción por conocer, los artistas pintaban su pedacito por lo general rápidamente y, momentos después, con las mismas brochas embadurnaban la superficie otros que iban llegando. Muy pocos trabajaron más de un día en su fragmento de mural.

Uno de los artistas participantes, Ricardo Rocha —el pintor— le declaró a Judith Alanís que, como ocurre con “todas estas cosas, cuando se hacen, no queda algo *estéticamente correcto*”. Pese a todo, el conjunto adquirió importancia por los artistas que ahí participaron: Manuel Felguérez, José Luis Cuevas, Fanny Rabel, Benito Messeguer, Adolfo Mexiac, Gustavo Arias Murueta, Guillermo Meza, Lilia Carrillo, Mario Orozco Rivera, Alfredo Cardona Chacón, Francisco Icaza, Pedro Preux, Roberto Donís y varios más.

Algunos estudiantes de las escuelas de arte se lanzaban a pintar murales en lugares públicos mientras sus compañeros vigilaban por si llegaba la policía. En las paredes de escuelas y mercados aparecía de un día para otro la obra de denuncia, hecha de prisa y no siempre con fortuna. Pero más tardaban los muchachos en pintar esa pared que los empleados del gobierno en taparla con cal o pintura gris. Lo mismo ocurría con los dibujos y leyendas que se estampaban empleando una matriz recortada, generalmente de lámina. Esas imágenes quedaban en los muros, pero resultaron mucho más duraderas y eficaces las que se imprimían sobre el costado de los autobuses urbanos, los que llevaban la protesta por toda la ciudad.

Otras expresiones artísticas se produjeron en algunas mantas, muy pocas, de las que se portaban en las manifestaciones. Varias de esas mantas fueron elaboradas por estudian-

tes y maestros de San Carlos y La Esmeralda. En esas telas, junto a la consigna y la escuela de origen de quienes las portaban, aparecían figuras tomadas de los grabados que se elaboraron en aquellos días, lo que evidencia su eficacia propagandística.

Sin embargo, la expresión plástica de mayor alcance, la más influyente y trascendente fue la gráfica. En este renglón cabe el mayor mérito a los compañeros de San Carlos y La Esmeralda, quienes elaboraron el grueso de las placas originales de pegas y carteles. Con frecuencia se desplazaban a otras escuelas y ahí, en salones y pasillos, sobre mesas improvisadas o en el suelo, era habitual verlos burilando alguna madera, manejando las tramas de la serigrafía y, sobre todo, trabajando el linóleo, material barato y de conocida docilidad que deja procesar los relieves con rapidez y permite una impresión más rápida, menos cuidada y en mayor número de ejemplares.

Como es evidente para quien repase las imágenes del 68, las incomodidades de la ejecución son visibles en la mayoría de aquellas obras, pues resulta obvio que los valores estéticos pasan a segundo plano en las urgencias de una revuelta. Lo sorprendente es que aun bajo esas condiciones se produjeran trabajos de mérito e incluso algunas obras maestras de la gráfica de combate, como una de Francisco Moreno Capdevila que reproduce las botas de unos policías junto a un estudiante caído. De esta pieza, elaborada a partir del alto contraste de una foto de Héctor García con la leyenda “No más agresión”, se hicieron carteles e incluso una matriz para pintarla en segundos sobre cualquier superficie.

Una obra de gran valía es la que tiene la leyenda “Libertad presos políticos” arriba de un conjunto de llaves, obra —ahora lo sabemos— de Mario Olmos Soria, uno de los carteles más

eficaces por la concreción e impacto de su mensaje. Otra, de ejemplar simplicidad fue ejecutada por Francisco Becerril: es el perfil de Gustavo Díaz Ordaz sobre la sombra de un gorila con casco. Una más, digna de incluirse entre las mejores, es la silueta de un tanque con la leyenda “Este diálogo no lo entendemos”, un trabajo conciso y bien hecho que alguien hizo en La Esmeralda. De Eduardo Garduño León cabe mencionar la silueta de una mano que está en el centro de una composición que sugiere las rejas de la cárcel. Igualmente destacables son los múltiples rostros de perfil y los glifos prehispánicos de la voz junto al lema “El Diálogo debe ser público”, de Miguel Vargas, o el de Jesús Martínez que muestra el vuelo de unas palomas estilizadas y reza “Unidos adelante”, con las enes invertidas, imagen que se llevó a la piedra en la Estela de Tlatelolco.

Entre los mayores aciertos de la gráfica de aquellas jornadas está la estupenda recreación de los símbolos olímpicos, como la paloma de la paz, obra de Beatriz Colle Corcuera, la que el citado Jesús Martínez intervino para dejarla atravesada por una bayoneta. Esa misma paloma, diseñada con gran acierto, por toda la ciudad se convirtió en el blanco de estopas con tinta roja que la hacían ver ensangrentada, lo que le imprimió un mensaje inverso al propuesto por su autora. De la misma calidad es la contundente parodia de una estampilla postal alusiva a los juegos, original de Lance Wyman, la que transformada repite la imagen de dos granaderos apaleando a un estudiante. En ese afán de jugar con la propaganda olímpica que inundaba la ciudad, los logotipos de cada especialidad deportiva fueron transformados en fusiles, granadas, macanizas, botas y otros símbolos de la represión, trabajo del gran Mexiac y Antonieta Castillo, en tanto que en la Escuela Nacional

de Artes Plásticas los alumnos del maestro Francisco Becerril produjeron pegas con la tipografía de México 68 y motivos que denunciaban la barbarie gubernamental.

Un excelente retrato de Demetrio Vallejo debido a Rogelio Naranjo con la leyenda “Libertad a los presos políticos”, hasta donde recuerdo circuló meses antes del movimiento, durante una huelga de hambre que se organizó en la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, cuando un grupo de estudiantes se solidarizó con los presos del movimiento ferrocarrilero que en la cárcel de Lecumberri también se habían declarado en ayuno para exigir su excarcelación.

Varios trabajos tienen como autor a Perezvega. Entre ellos hay que destacar el grabado de un hombre sin rostro dentro de un pequeño cuarto con la consigna “¡Libertad presos políticos!” y una paloma en ascenso que ofrece el pecho, ambas obras con un fino trabajo de gubias que semeja el empleo del velo, la herramienta que permite a los grabadores trazar múltiples paralelas. Hay también obra de artistas que ya entonces gozaban de celebridad, como el citado Francisco Moreno Capdevila o Gabriel Fernández Ledesma, de quien se incluye un grabado de gran refinamiento. De Santos Balmori es la serigrafía en la que aparece una impactante *Máter dolorosa* que tiene sobre sus piernas al hijo asesinado, con la leyenda “A los familiares de los muertos, indemnización”. Aunque no se consigna autor, puede ser del mismo maestro Balmori otra *Máter dolorosa* hincada frente al cadáver atravesado por una bayoneta bajo una leyenda lamentablemente larga que le quita impacto a la imagen. Hay un grabado atribuido a Enrique Climent y otros que tienen la firma Beltrán, aunque me niego a creer que sean de Alberto, tanto por razones políticas como por la pobreza del trazo.

Si bien la tendencia predominante en la gráfica del 68 es una suerte de neoexpresionismo entonces en boga y pese a que las recreaciones olímpicas están bajo el influjo del *Op art*, lo cierto es que en muchos trabajos se percibe la impronta del Taller de Gráfica Popular. Se incluye el cartel de un joven tras las rejas que el libro atribuye a María Elena Huerta, quien no es otra que la saltillense Elena Huerta, militante comunista, fundadora de la LEAR y del TGP. En el mismo caso está *Libertad de expresión*, el emblemático rostro del hombre amordazado con una cadena, obra maestra de Adolfo Mexiac realizada en 1954, cuando era miembro activo del Taller, obra que el movimiento hizo suya, la incorporó a su cartelería y le rindió incluso el homenaje de la recreación.

Pero la presencia del Taller de Gráfica fue mayor, pues sus integrantes participaron en la Coalición de Profesores y desde los primeros días vendían a los manifestantes sus grabados, uno de los cuales, de Ángel Bracho y Jesús Álvarez Amaya, mostraba la imagen de un estudiante amenazado con una bayoneta, grabado que lamentablemente no recoge el libro. Incluso, cuando el gobierno y la prensa lanzaron la acusación de que el movimiento tenía “héroes prestados”, el Taller acudió a la siguiente manifestación y regaló cientos de grabados de gran formato con los retratos de Hidalgo, Morelos, Juárez, Zapata y otros próceres nacionales, los que fueron enarbolados como estandartes. Por todo eso, la participación del Taller de Gráfica Popular era digna de mencionarse.

Es de lamentar que en *Imágenes y símbolos del 68* se omitieran dos páginas que aparecen en la primera y segunda ediciones como 74 y 75. El resultado es que no se publican seis obras, cinco de las cuales tienen referencias a la simbología

olímpica y tres de ellas directamente al ejército, dos de las cuales juegan con la imagen del tanque militar, los aros olímpicos y el lema “México 68” con la tipografía oficial de los juegos. La otra estampa, que alguien atribuye a Crispín Alcázar, muestra a tres soldados saliendo de los aros olímpicos y el número 68, en una trama formada con la misma tipografía multilineal. Es una omisión notable, porque la pulcritud de la ejecución y concreción de la imagen tienen un impacto claro y directo en el espectador, pero mucho me temo que la UNAM, que hizo la edición, consideró excesivas tantas menciones a la institución castrense.

No quiero terminar sin una crítica a las cámaras digitales con las que ahora se procesan los grabados para su impresión industrial. Su mal empleo en la reproducción de obra da por resultado imágenes en medio tono donde debían aparecer los grabados reproducidos en blancos y negros puros. Es una lástima y una falta de respeto a los creadores, pues de ese modo se altera el original. Quede aquí constancia de mi protesta contra esos aparatos diabólicos. Termino celebrando el apostolado de Aquino y Perezvega, quienes han dedicado la mayor parte de su vida a la conservación y difusión de aquellas hojas libertarias, esos impresos de prisa que guardan la memoria visual de un movimiento que cuatro décadas después, cada dos de octubre, convoca a los sobrevivientes, pero mucho más a quienes entonces eran niños e incluso a los que no habían nacido en ese año memorable, cuando mi generación ganó algunas libertades y México empezó a despertar del prolongado y penoso letargo priista.

La gesta en los libros

Pese a que el movimiento de 1968 fue en muchos sentidos una fiesta de la imaginación y los sentidos, los libros, como la memoria social, han prestado mayor atención a su lado trágico. Así ocurrió con las obras clásicas sobre el movimiento, como *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, *Los días y los años*, de Luis González de Alba, o *Días de guardar*, de Carlos Monsiváis, que se han editado por decenas de miles de ejemplares y constituyen para muchos mexicanos la puerta de entrada al conocimiento de aquellos sucesos o de plano la única referencia que tienen de ellos.

Hasta el agudísimo José Revueltas pasó por alto el carácter lúdico del movimiento, su inagotable vena humorística. O, si la percibió, prefirió dejarla soterrada, oculta bajo el torrente de papel que produjo en esos días y que ocupa el tomo 15 de sus *Obras Completas* publicadas por Ediciones Era, la firma a la que debemos los trabajos citados, que son los mejores y más perdurables sobre los acontecimientos de aquel año, lo que por supuesto incluye la que quizá es la mejor obra sobre el asunto: los dos tomos de *El movimiento estudiantil de México*, de Ramón Ramírez, análisis, cronología y recopilación insuperada de documentos que apareció a fines de 1969, cuando la

bestia no se había ido y la edición de un libro era juzgada como un intolerable reto a la autoridad.

Esos eran tiempos en que Gustavo Díaz Ordaz, en su euforia criminal, ordenaba perseguir, difamar, poner en prisión o asesinar. Neus Espresate, Vicente Rojo y José Azorín, que con la inicial de sus apellidos dieron nombre a la casa Era, corrieron todos los riesgos y pusieron en alto la dignidad del gremio editor. Igualmente, cabe decir que Ramón Ramírez Gómez, uno de los maestros más queridos de la entonces Escuela Nacional de Economía, escribió su libro bajo el acelerado deterioro físico de un cáncer que lo llevó a la muerte en 1972. Eso no agrega nada a su trabajo, pero permite entender los tintes heroicos de que están revestidos numerosos hechos que en otras condiciones son de mera rutina.

Gran parte de la bibliografía sobre el 68 está formada por escritos de combate o en los que se adivina cierta pretensión didáctica, ejemplar incluso. Se ha tratado —y hay buenas razones para hacerlo—, de ofrecer visiones e interpretaciones del movimiento que muestren su justeza y a la vez denuncien la represión cometida y materializada sobre todo en nuestros muertos y en la existencia de prisioneros de conciencia. Son, en suma, llamados a no olvidar lo ocurrido y a mantener el ánimo alerta, lo que de ninguna manera es poca cosa. A ese rubro pertenecen las obras citadas y otras, como *De la Ciudadela a Tlatelolco*, de Edmundo Jardón Arzate (Fondo de Cultura Popular, 1969); *Escritos del movimiento del 68*, del Búho Eduardo Valle (UAS, 1984); *T-68*, de Juan Miguel de Mora, lo mismo que los alegatos de defensa de los presos políticos, de los que existe una abundante folletería, y aun libros muy posteriores, como *La democracia en la calle*, de Gilberto Guevara

Niebla (Siglo XXI, 1988), *México, una democracia utópica*, de Sergio Zermeno (Siglo XXI, 1991), y varios títulos más, algunos de muy reciente aparición. *Posdata*, el célebre ensayo de Octavio Paz, escapa un tanto a esa condición, pues resulta sobre todo un intento de explicarse y explicar por qué ocurren estas cosas en México.

Hay una copiosa creación literaria que toca de frente o de pasada el 68. Desde el campo oficialista destaca la novela *La Plaza*, de Luis Spota, elaborada en dos versiones, al gusto del poder. También marcados por el momento son los materiales de antologías como *53 poemas del 68* (Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones, 1972), compilada por Miguel Aroche Parra y prologada por Francisco A. Gómez-Jara; o la mucho más exigente *Poemas y narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968* (UNAM, 1996), de Marco Antonio Campos y Alejandro Toledo, reunión de sendos libros de estos autores. Digna de mencionarse resulta la inclusión en este volumen del poema *Adán desnudo*, de Salvador Novo, que es, según insinuó José Emilio Pacheco a Toledo, “un acto de contrición” por “las desdichadas declaraciones posteriores al 2 de octubre, donde (Novo) decía que se alegraba del hecho”.

Incluso las obras paródicas llevan una fuerte carga de denuncia y de protesta. Tal es el caso de *El pornócrata* o *Los símbolos transparentes*, novelas de Gonzalo Martré, o de *El Gran Solitario de Palacio*, el más exitoso libro de René Avilés Fabila, que apareció originalmente en Argentina y aquí lleva 17 ediciones (los aduladores llamaban a Díaz Ordaz “el gran solitario del Palacio Nacional”).

Mención aparte merece Gerardo de la Torre, durante 18 años obrero de la refinería de Azcapotzalco, donde en 1968 fue

de los integrantes del comité de lucha petrolero. En varios textos, como el excelente y muy antologado cuento *El Vengador* y las novelas *Muertes de Aurora* y *Los muchachos locos de aquel verano*, De la Torre ha expuesto la participación obrera en el 68 y el destino de aquellos líderes de overol, quienes en su mayoría acabaron cooptados por la Quina e incorporados al aparato charro o, los menos, amargados por una frustración existencial que los lleva a mantenerse rumiando los días en que todos fuimos héroes.

Sorprende que pese a tratar sobre un fenómeno social que tuvo un número desconocido de mártires, entre los libros de carácter militante o de creación y análisis sobre el 68 no encontremos obras hagiográficas, esto es, que no se haya pretendido idealizar a uno u otro líder ni canonizar a los muertos. A nadie se le ha puesto en un nicho, pero el crecimiento de la bibliografía sesentayochera es la evidencia más contundente de que el olvido no protegerá a los asesinos y de que nuestros difuntos todavía alzan su voz.

En esa línea está la mayoría de los libros aparecidos treinta años después, como *1968, el juego de la esperanza* (Siglo XXI, 1998), grueso volumen de Raúl Jardón, que comprende crónica, entrevistas y documentos (lo más divertido es el involuntario y siniestro humor del general Crisóforo Mazón Pineda); o *Asalto al cielo. Lo que no se ha dicho del 68* (Ed. Océano, 1998), de Rubén Aréchiga Robles, Enrique Condés Lara, Jorge Meléndez y Jorge Poo Hurtado, con prólogo de Joel Ortega. Al igual que Jardón, los autores de este libro son veteranos del movimiento, con excepción de Condés Lara, que en 1968 era uno de los muchos presos políticos reclusos en Lecumberri y que, pese a esa condición, escribió para este libro un muy buen

recuento de las condiciones políticas, ideológicas y culturales de la época, texto en el que se respiran los aires de aquellos días. Por su parte, Meléndez ofrece un conjunto de entrevistas que dicen cosas diferentes a las archisabidas. En su texto, Jorge Poo Hurtado aborda por primera vez el caso del lumpen que, incorporado al movimiento, se radicalizó, tomó las armas y actuó en forma heroica o irresponsable, según se quiera ver. De ahí salieron los guerrilleros de los años setenta, los *enfermos*, los ultraizquierdistas contra los que Luis Echeverría llevó la guerra sucia hasta el exterminio, sin reparar en torturas ni muertos.

1968, más allá del mito (Ed. del Milenio, 1998), de Esteban Ascencio, es una colección de entrevistas con protagonistas del movimiento, entre los cuales se cuentan varios priistas, como Óscar Levín, quien menciona a los que se quedaron en aquel movimiento y “viven de él”, y declara que él entró al PRI porque cree “que este partido va a ayudar a transformar a México”. En el mismo libro, Joel Ortega afirma que los jóvenes de entonces hoy forman “una generación quebrada con múltiples casos de locura individual y colectiva... y muchísimos casos de esquizofrenia, de compañeros que, por ejemplo, terminaron de funcionarios priistas”.

La estela de Tlatelolco (Ed. Grijalbo, 1998), de Raúl Álvarez Garín, es una historia del movimiento contada por uno de sus más destacados actores. Es también un ensayo de interpretación que seguramente suscitará más de una mueca y discrepancias, como las que expone Roberto Escudero en el prólogo, pues resulta muy aventurado andar buscando culpables de los “errores” del 68 entre las corrientes de la izquierda de entonces. Con todos los reparos que se le puedan hacer, el libro de Álvarez Garín tendrá que incorporarse al acervo de

obras clave sobre aquel fenómeno social y, lo que es más valioso, a los elementos de juicio del momento presente, pues el autor, militante del Partido de la Revolución Democrática, dista de ser condescendiente con los politiqueros que abundan ahí y en otros partidos y deposita toda su confianza en nuevas expresiones del movimiento social.

En otra pista, aunque con inocultadas simpatías por los jóvenes de su generación, Héctor Anaya acaba de publicar *Los parricidas* (Ed. Plaza y Valdés, 1998), interpretación sicoanalítica que en gran parte publicó el autor en 1968 en las páginas de *El Heraldo Cultural*, suplemento cultural que dirigía Luis Spota. Anaya ha hecho una interesante labor arqueológica al desenterrar algunos textos olvidados, como un poema de Elsa Cross escrito en plena refriega.

Sin pretensiones militantes, pero revelador de la sensibilidad generacional es *Recuerdos de Coyoacán* (Ed. Ditoria, 1998), poema largo de Adolfo Castañón, quien vio pasar el movimiento desde su casa y en las páginas de libros distantes que sin embargo le dieron al autor una peculiar manera ver el acontecimiento. Un libro que se le emparenta es *Muestrario*, de Javier Molina (Gob. de Chiapas, 1984), en el que sin mencionar un mitin ni una marcha está presente el ánimo combativo, burlesco y erótico de aquellos jóvenes.

Consigno aquí un libro de Roberta Avendaño *La Tita* imposible de conseguir y la edición que a treinta años del 68 hizo la Asamblea Legislativa del Distrito Federal de los libros de Monsiváis, Poniatowska, Avilés Fabila y Ramón Ramírez, publicados por la Comisión Editorial que encabezaba el priista Fernando de Garay. No se incluyó el de Luis González de Alba por una diferencia sobre el tiraje.

Un sitio especial tienen recopilaciones de volantes como la ya rarísima que editara el Cidoc (Centro de Información y Documentación), organismo que alentó don Sergio Méndez Arceo; o *Los impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano*, reunidos por Luis Olivera y publicados por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM en 1992. De la misma institución es 1968, *Antología periodística*, volumen de gran formato con reproducciones de prensa preparado por Aurora Cano Andaluz y publicado en 1993.

De gran mérito es *La gráfica del 68*, libro originalmente editado en 1982 por el Grupo Mira, núcleo de artistas plásticos que reunió los mejores grabados de aquellos meses, muchos de ellos ejecutados en el suelo, con la prisa a que obligaba la manifestación del día siguiente o el incesante trabajo de las brigadas que los pegarían en los muros de la ciudad. En 2008 se publicó un grueso y elegante volumen sobre el proyecto gráfico de los juegos olímpicos de 1968. En un apartado, los editores reproducen algunos símbolos olímpicos que fueron retomados e intervenidos por los estudiantes para convertirlos en eficaces denuncias de la represión.

Indudablemente, un libro abarcador y muy ambicioso es *La imaginación y el poder*. Una historia intelectual de 1968 (Ed. Era, 1998), de Jorge Volpi, quien se propuso ofrecer al lector un gran fresco del ambiente cultural, las pulsiones y ambiciones de hace treinta años. Un trabajo de grandes pretensiones, pero lamentablemente infestado de inexactitudes, ingenuidades y una notoria falta de comprensión del cuantioso volumen de datos que reunió el autor y que notoriamente lo indigestaron, pese a que se trata de uno de nuestros escritores mejor dotados. En este caso emprendió un trabajo muy superior a sus fuerzas.

En medio de esta fiebre de nuevos títulos y de reediciones necesarias, cabe preguntar si el gobierno federal volverá a publicar el libro de mayor tiraje de cuantos se han escrito en torno al movimiento. Me refiero, por supuesto, a *El Móndrigo*, el libelo anónimo que se pagó con dinero de los contribuyentes y que desde una oscura caverna burocrática se hizo circular profusamente y de manera gratuita con la finalidad, como tantas cosas sucias del diazordazato, de desprestigiar al movimiento con cargo al erario, al amparo de las sombras y de la impunidad del poder.

Indispensable para entender y compartir la sensibilidad de aquellos días es el libro llamado escuetamente *68*, de Paco Ignacio Taibo II (aparecido por primera vez en 1991 y reeditado por Planeta). Son meros apuntes que desembocan en una irresistible nostalgia que es inevitable compartir: “descubro que parecemos condenados a ser fantasmas del 68. Y bueno, ¿cuál es la bronca? Mucho mejor condes Drácula de la resistencia que monstruos priistas de Frankenstein o de la modernidad, me digo. Y entonces saco chispas sin gracia de las teclas, bengalitas, recuerdos que a veces duelen y las más levantan la sonrisa; y añoro aquel sentido del humor, extraño esa perdida intensidad para tener miedo de las sombras, aquella sensación de inmortalidad, ese otro yo de aquel interminable año...”

Cronología

El 22 de julio, alumnos de la preparatoria particular Isaac Ochoterena y de la Escuela Vocacional 2 del Instituto Politécnico Nacional se enfrentaron a golpes en los alrededores de la Ciudadela, en el centro de la capital mexicana. Al día siguiente se repitió la gresca, con participación de los pandilleros conocidos como los *araños* y los *ciudadelos*. Pese a que el pleito fue en la vía pública, elementos del Cuerpo de Granaderos allanaron las vocacionales 2 y 5, donde golpearon a estudiantes, profesores y trabajadores.

Por la agresión policiaca, la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), organización gobiernista que controlaba a los estudiantes del IPN, se vio obligada a convocar a una marcha de protesta que se realizó el día 26, entre la Ciudadela y el Casco de Santo Tomás, una de las dos sedes del Politécnico. De ahí, un grupo de aproximadamente 5 mil estudiantes se dirigió al centro de la ciudad y en el Hemiciclo a Juárez, en la Alameda Central confluyó con la manifestación organizada por la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) y otras agrupaciones de izquierda, las que celebraban el XV aniversario del asalto al cuartel de Moncada, lo que dio inicio a la revolución encabezada por Fidel Castro en Cuba.

Ambos grupos se unieron para sumar aproximadamente 10 mil personas, las que decidieron marchar hacia el Zócalo, como demandaban los politécnicos. Avanzaron por la avenida Madero y, cuando la vanguardia se encontraba en el cruce de la calle de Palma, fueron atacados por los granaderos. Aunque la mayor parte de los estudiantes huyó y se refugió en los edificios universitarios del primer cuadro de la ciudad, sobre todo las preparatorias 1, 2 y 3 de la UNAM, algunos estudiantes respondieron a la agresión con piedras que, extrañamente, se hallaban en los botes de basura de la avenida.

Mientras en el centro de la ciudad se reprimía a los jóvenes, policías de la Dirección Federal de Seguridad y del Servicio Secreto asaltaron el local del Partido Comunista Mexicano, detuvieron a sus dirigentes y clausuraron las oficinas de *La Voz de México*, periódico del PCM.

Desde las primeras horas del 27 de julio, los locales de las preparatorias 1, 2 y 3 de la UNAM permanecieron ocupados por los estudiantes, bien porque ahí se habían refugiado el día anterior, bien para protestar por la agresión de la policía, que durante esa noche mantuvo sitiados los centros escolares. Ese mismo día, la FNET responsabilizó del ataque a “elementos de conocida filiación radical”, quienes, según los líderes de la Federación, “condujeron” a los estudiantes a “un enfrentamiento con la policía”.

El domingo 28, alumnos de la Escuela Superior de Economía del IPN, reunidos en asamblea, redactaron el primer pliego petitorio de los estudiantes, en el que se demandaba la desaparición de la FNET, de las bandas de *porros* y del grupo ultraderechista Movimiento Universitario de Renovadora Orientación, el MURO, así como la expulsión de los estudiantes

miembros de estas agrupaciones y de los afiliados al PRI; indemnización gubernamental para los heridos y muertos, excarcelación de todos los estudiantes detenidos, desaparición del cuerpo de granaderos y derogación del artículo 145 del código penal (que tipificaba el delito de disolución social).

Al día siguiente (lunes 29), grupos de estudiantes de la preparatoria 7 y de la vocacional 7 tomaron camiones de pasajeros y con ellos levantaron barricadas en las calles. Por su parte, alumnos de la preparatoria 1 y de las vocacionales 2, 4 y 7, se declararon en huelga. Por la tarde se intentó realizar un mitin en el Zócalo, pero éste fue atacado por la policía y muchos estudiantes se refugiaron en el antiguo Colegio de San Ildefonso, local de la preparatoria 1, donde fueron sitiados por tropas del ejército, las que en la madrugada del día 30, para entrar en el recinto, destruyeron la puerta con un disparo de bazuca. Antes del amanecer, la fuerza pública ocupó las preparatorias 2, 3 y 5, y la vocacional 5. Mil personas fueron detenidas durante estas operaciones. El secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez, declaró que la intervención del ejército había sido necesaria para “preservar la autonomía universitaria”.

El 30 de julio, el comité ejecutivo nacional de la FNET se reunió con el regente capitalino, Alfonso Corona del Rosal, quien aseguró que las autoridades no intervendrían en los planteles educativos. En la reunión, los líderes estudiantiles entregaron un pliego de demandas que incluían la destitución de los jefes de granaderos y de policía, la indemnización a los lesionados, la desaparición de las fichas judiciales de los detenidos y la salida de las tropas de los recintos escolares. A casi todas estas demandas accedió el regente y un gran número de estudiantes fue liberado. La mañana del mismo día, el rec-

tor de la UNAM, Javier Barros Sierra, afirmó que la autonomía universitaria había sido violada y declaró un día de luto, pues se hablaba de varios muertos sin que las autoridades lo reconocieran. Por la tarde la mayor parte de las escuelas ya estaba en huelga y se habían formado brigadas estudiantiles para informar a la población y pedir su apoyo.

El primero de agosto, desde Guadalajara, el presidente Gustavo Díaz Ordaz, al referirse a los sucesos de los días anteriores, declaró: “Una mano está tendida; los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire”. Los estudiantes respondieron con una demanda: “La prueba de la parafina a la mano tendida”. La tarde de ese día, el rector Barros Sierra encabezó a más de 80 mil universitarios que ordenadamente marcharon desde la Ciudad Universitaria por la avenida de los Insurgentes hasta la calle de Félix Cuevas y la avenida Universidad hasta volver a la Torre de Rectoría.

La noche del día primero, representantes de las escuelas en huelga se reunieron y tres días más tarde, el 4 de agosto, dieron a conocer el texto definitivo del pliego petitorio estudiantil, en el que se exigía: 1) libertad a los presos políticos; 2) destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendoilea, jefe y subjefe de la policía, así como también del teniente coronel Armando Frías, jefe del cuerpo de granaderos; 3) extinción del Cuerpo de Granaderos, instrumento directo en la represión, y no creación de cuerpos semejantes; 4) derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal, “instrumento jurídico de la agresión”; 5) indemnización a las familias de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión del viernes 26 de julio en adelante; y, 6) “deslinde de responsabilidades de los actos de represión y vandalismo por parte de las autoridades a través de policía, granaderos y ejército”.

El 5 de agosto, cien mil estudiantes marcharon por las calles de la ciudad, convocados por el Comité Coordinador de Huelga del IPN. Unas horas antes, los maestros politécnicos habían formado el Comité de Profesores del IPN Pro Libertades Democráticas. Finalmente, el 8 de agosto se formaron la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas y el Consejo Nacional de Huelga (CNH), integrado, este último, por representantes estudiantiles de todas las escuelas de la UNAM y del IPN, y por delegados de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo, El Colegio de México, la Universidad Iberoamericana, la Universidad Lasalle y la Escuela Nacional de Maestros (posteriormente se integrarían la ENAH, la Escuela Normal Superior, el Conservatorio Nacional de Música, la Academia Mexicana de la Danza y la Universidad del Valle de México).

Ciento cincuenta mil personas marcharon el martes 13 del Casco de Santo Tomás al Zócalo. Dos días después, el Consejo Universitario de la UNAM expresó su adhesión al pliego petitorio del CNH. El día 16 se constituyó la Asamblea de Intelectuales y Artistas y el 19 de agosto, la Coalición de Profesores invitó a los diputados y senadores del Distrito Federal a participar en un diálogo público en el *campus* universitario, pero los congresistas rechazaron la invitación. Sin embargo, el jueves 22 de agosto, Echeverría propuso dialogar con los representantes estudiantiles y estos aceptaron, con la sola condición de que las pláticas fueran públicas, a lo que no accedieron las autoridades.

El martes 27, casi 400 mil personas marcharon del Museo de Antropología a la Plaza de la Constitución. Con permiso de los dignatarios eclesiásticos, los estudiantes hicieron

sonar las campanas de la Catedral. Abajo, en el Zócalo, fue izada una bandera rojinegra en el asta principal y se formó una guardia de estudiantes y profesores que debía permanecer acampada en la plaza hasta la solución del conflicto. Sin embargo, hacia la una de la mañana del día 28, dos batallones de infantería del ejército, 12 carros blindados del Cuerpo de Guardias Presidenciales y cuatro carros de bomberos desalojaron violentamente a estudiantes y profesores.

Por la mañana, las autoridades organizaron una enorme concentración de empleados gubernamentales en el Zócalo, la que tenía por objeto realizar un acto de “desagravio a la bandera mexicana”, supuestamente ofendida por el izamiento de la bandera rojinegra la noche anterior. Sin embargo, los empleados del gobierno se manifestaron en favor del movimiento estudiantil y repetían: “No venimos, nos traen”, “Somos borregos” y otros estribillos que cantaban mientras un coro multitudinario se dedicaba a balar. Nuevamente se echó mano de las fuerzas armadas para disolver la manifestación convocada por las propias autoridades.

Al día siguiente, los médicos residentes del Hospital General y los obreros de la sección 34 del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana iniciaron un paro de solidaridad con los estudiantes. Tres días después, el primero de septiembre, durante su cuarto informe de gobierno, Díaz Ordaz aseguró que era “evidente que en los recientes disturbios intervinieron manos no estudiantiles”, elementos que perseguían “sembrar el desorden, la confusión y el encono, para impedir la atención y la solución de los problemas, con el fin de desprestigiar a México (...) e impedir acaso la celebración de los Juegos Olímpicos”. Más adelante, explicaba la movilización es-

tudiantil como la acción de las “mismas fuerzas disímiles del interior y externas, que han seguido confluyendo para tratar de agravar el conflicto, de extenderlo”, y amenazaba: “Ante la creciente y manifiesta inconformidad de los habitantes de esta gran capital, es ineludible deber de la autoridad hacer uso de la fuerza pública para restablecer el orden público. (...) No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario”. La Confederación de Trabajadores de México, por su parte, calificó la acción estudiantil como “francamente subversiva”.

El día 9, el rector Barros Sierra convocó a los estudiantes a levantar la huelga. El 10, el Senado apoyó las pretensiones gubernamentales de utilizar masivamente al ejército para someter a los estudiantes. Dos días después la Central Campesina Independiente y el Movimiento Revolucionario del Magisterio, así como varios sindicatos independientes apoyaron públicamente al CNH.

El 13 de septiembre el CNH organizó una manifestación de Chapultepec al Zócalo en la que ninguno de los 300 mil asistentes habló ni gritó consigna alguna. Cinco días después de la marcha del silencio, en una operación en la que participaron cerca de 10 mil elementos, el ejército ocupó la Ciudad Universitaria, donde fueron detenidos más de medio millar de estudiantes, profesores y funcionarios de la UNAM. Al día siguiente, mientras el pleno de la Cámara de Diputados apoyaba la maniobra, el rector declaró: “La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra casa de estudios no merecía (...) Así como apelé a los universitarios para que se normalizara la vida de nuestra institución, hoy los exhorto para que asuman, dondequiera que se encuentren, la defensa de la

Universidad Nacional Autónoma de México, y a que no abandonen sus responsabilidades (...) La razón y la serenidad deben prevalecer sobre la intransigencia y la injusticia". El día 23, el rector Barros Sierra presentó su renuncia.

A partir de 19 de septiembre, los enfrentamientos entre estudiantes y granaderos se generalizaron. Algunos de estos desiguales combates se desarrollaron en la Alameda Central, la Ciudadela, el Paseo de la Reforma y las avenidas San Juan de Letrán y Bucareli. Las brigadas burlaban la persecución policiaca para realizar mítines relámpago por toda la ciudad. Perdidas las posiciones en el sur de la ciudad, el movimiento se concentró alrededor de tres lugares: la Unidad Profesional de Zacatenco, el Casco de Santo Tomás y el conjunto Nonoalco Tlatelolco. El 21 de septiembre los estudiantes, con el apoyo de los vecinos de esta unidad habitacional, resistieron durante siete horas la agresión de la policía, que requirió de un batallón de infantería y nueve unidades blindadas del ejército para someter a los estudiantes. Al día siguiente, luego de la retirada de la fuerza pública, se realizó un mitin en la Plaza de las Tres Culturas.

Desde las primeras horas del 24 de septiembre, acosados por la policía, los jóvenes concentrados en el Casco de Santo Tomás cerraron el paso a los vehículos que, por la tarde, con mil 500 granaderos fuertemente armados, intentaron tomar las instalaciones educativas. Rechazados una y otra vez por las piedras y las bombas molotov de los estudiantes, hacia la medianoche los granaderos pidieron el apoyo del ejército, que procedió a tomar los edificios a sangre y fuego, aunque todavía en la madrugada del día 25 continuaban los enfrentamientos.

Ese mismo día se anunció que la Junta de Gobierno de la UNAM había rechazado la renuncia de Barros Sierra y dos

días después, el 27, el rector recibió el apoyo del CNH y decidió seguir al frente de la Universidad Nacional, de donde el 30 de septiembre, después de once días de ocupación, se retiraron las fuerzas armadas. Ese mismo día, frente a la Cámara de Diputados, un grupo de madres de estudiantes realizó una concentración para exigir la liberación de los detenidos y el cese de la represión.

El miércoles 2 de octubre, el CNH convocó a una manifestación que iría de la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, al Casco de Santo Tomás. La concentración de granaderos y soldados a lo largo del recorrido previsto motivó que se renunciara a la marcha y a que sólo se realizara un mitin en Tlatelolco. Hacia las seis de la tarde, cuando unas 10 mil personas se encontraban en la Plaza de las Tres Culturas escuchando a los oradores en la improvisada tribuna del edificio Chihuahua, un helicóptero sobrevoló el lugar y desde el techo de la iglesia de Santiago o del mismo helicóptero se lanzaron tres bengalas. Momentos después, un grupo de empistolados con una mano cubierta por un pañuelo o un guante blanco, vestidos de civil e identificados por los gritos de “Olimpia” y “Batallón Olimpia”, tomaron la tribuna y comenzaron a disparar contra la multitud, exactamente cuando casi cinco mil soldados entraban a la plaza por todos los accesos. Tropa y manifestantes recibieron los disparos de los hombres de guante blanco y entre estos y los uniformados se inició un nutrido tiroteo, en medio de una gran confusión causada por el fuego cruzado que persistió durante más de hora y media.

Hacia las ocho de la noche se permitió retirar a los civiles heridos y algunos cadáveres que permanecían entre la multitud amontonada en la plaza. Hasta la madrugada

continuaron oyéndose balaceras esporádicas. Hubo cerca de mil detenidos y, según la prensa internacional, cientos de personas resultaron muertas, aunque la cifra oficial no llegaba a tres decenas.

El 5 de octubre, granaderos y miembros de la Dirección Federal de Seguridad allanaron las instalaciones de la Escuela Normal Superior. Durante el resto del mes de octubre, al mismo tiempo que se celebraban en la capital mexicana los XIX Juegos Olímpicos, continuaban las detenciones. En noviembre el CNH, con la mayoría de los delegados perseguidos o presos, se manifestó por continuar la huelga, pero la acción del gobierno había desorganizado al movimiento. El 21 de noviembre el rector Barros Sierra insistió en la necesidad del levantamiento de la huelga. Finalmente, el 4 de diciembre, el CNH acordó terminar con la suspensión de labores, lo que motivó la oposición de los sectores más radicalizados. El día 6 de noviembre, el Consejo Nacional de Huelga publicó el Manifiesto 2 de Octubre en el que se declaraba disuelto. Sería sustituido por un consejo coordinador de comités de lucha, el que, en medio de la decepción y la impotencia que experimentaba la juventud estudiantil, se mantuvo en actividad durante los siguientes dos años, con la exigencia de libertad para los presos políticos y de democracia para México.

Humberto Musacchio (Ciudad Obregón, México, 1943)

Ejerce el periodismo y ha dirigido secciones y suplementos culturales de las principales publicaciones de México. Es autor, entre otras obras, del *Diccionario enciclopédico de México* y de los libros de crónicas *Ciudad quebrada*, *Hojas del tiempo* y *Urbe fugitiva*. También ha publicado *Historia gráfica del periodismo mexicano* e *Historia del periodismo cultural de México*.

Su más reciente obra la edita Fondo de Cultura Económica, *El Taller de Gráfica Popular*.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la ciudad de México en el
mes octubre del año 2012.

El tiraje fue de 3,000 ejemplares para su distribución
gratuita y es cortesía de la Fundación Rosa
Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.